Juan Antonio Ortega y Medina

Las verdades y el sentido de la historia

Alicia Mayer

HECHO EN HISTÓRICAS

INSTITUTO DE INVESTIGACIONES HISTÓRICAS
80 AÑOS DE HISTORIA

Juan Antonio Ortega y Medina

Las verdades y el sentido de la historia

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO
MÉXICO, 2025

Coordinación de la colección **HECHO EN HISTÓRICAS**
Berenice Alcántara Rojas

Cuidado de edición
Ónix Acevedo Frómeta

Revisión de textos
Ónix Acevedo Frómeta
Jose Ignacio Lanzagorta García

Concepto gráfico de la colección, diseño, formación y portada
Ónix Acevedo Frómeta

Primera edición: 2025

D. R. © 2025, Universidad Nacional Autónoma de México
Instituto de Investigaciones Históricas
Circuito Mtro. Mario de la Cueva s/n,
Ciudad Universitaria
Coyoacán, 04510. Ciudad de México

ISBN 978-607-642-127-7

Imagen de portada:
Ilustración digital, Ónix Acevedo Frómeta

Se permite la reproducción del contenido citando la fuente. Este es un libro gratuito y puede ser distribuido y compartido libremente.

[Mayer Alicia, *Juan Antonio Ortega y Medina. Las verdades y el sentido de la historia*, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, 2025]

Hecho en México

INSTITUTO DE INVESTIGACIONES HISTÓRICAS
80 AÑOS DE HISTORIA

COLECCIÓN **HECHO EN HISTÓRICAS** 2

Contenido

PRIMERA PARTE **Ser en el tiempo**

6 Personal circunstancia y momento histórico
10 Aportes historiográficos y orientación crítica

SEGUNDA PARTE **Miscelánea temática y crítica**

17 Repensar, comprender y asimilar la conquista
23 De Andrenios y Robinsones: España e Inglaterra
27 El “otro distinto”: prejuicios sobre la alteridad
33 Lutero, Reforma y Modernidad
35 De trotamundos y viajeros en México
37 El Indio americano. Conciencia, imagen y exclusión
41 La percepción del Nuevo Mundo en Europa

44 **EPÍLOGO** **El camino que se hizo al andar**

45 **BIBLIOGRAFÍA**

Nota editorial

Se ofrecen en acceso abierto las *Obras de Juan A. Ortega y Medina* a las que hace referencia el texto. En los apartados aparecerán vínculos a las secciones específicas (consulta: septiembre, 2025).

Ortega y Medina, Juan A., *Obras de Juan A. Ortega y Medina,* 1. *Europa moderna* (formato PDF), edición de María Cristina González Ortiz y Alicia Mayer, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, Facultad de Estudios Superiores Acatlán, 2013.
https://historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/594/europa_moderna.html

Ortega y Medina, Juan A., *Obras de Juan A. Ortega y Medina,* 2. *Evangelización y destino* (formato PDF), edición de María Cristina González Ortiz y Alicia Mayer, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, Facultad de Estudios Superiores Acatlán, 2013.
https://historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/607/evangelizacion_destino.html

Ortega y Medina, Juan A., *Obras de Juan A. Ortega y Medina,* 3. *Literatura viajera* (formato PDF), edición de María Cristina González Ortiz y Alicia Mayer, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, Facultad de Estudios Superiores Acatlán, 2015.
https://historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/631/literatura_viajera.html

Ortega y Medina, Juan A., *Obras de Juan A. Ortega y Medina,* 4. *Humboldt* (formato PDF), edición de María Cristina González Ortiz y Alicia Mayer, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, Facultad de Estudios Superiores Acatlán, 2015.
https://historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/644/humboldt.html

Ortega y Medina, Juan A., *Obras de Juan A. Ortega y Medina,* 5. *Historiografía y teoría de la historia* (formato PDF), edición María Cristina González Ortiz y Alicia Mayer, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, Facultad de Estudios Superiores Acatlán, 2018.
https://historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/697/historiografia_teoria.html

Ortega y Medina, Juan Antonio, *Obras de Juan A. Ortega y Medina,* 6. *Descubrimiento y conquista* (formato PDF), edición de María Cristina González Ortiz y Alicia Mayer, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, Facultad de Estudios Superiores Acatlán, 2016.
https://historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/658/descubrimiento_conquista.html

Ortega y Medina, Juan Antonio, *Obras de Juan A. Ortega y Medina,* 7. *Temas y problemas de historia*, edición digital en PDF, edición y estudio introductorio de María Cristina González Ortiz y Alicia Mayer, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, Facultad de Estudios Superiores Acatlán, 2019.
https://historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/704/temas_problemas.html

PRIMERA PARTE

Ser en el tiempo

Personal circunstancia y momento histórico

Dicen que el tiempo ayuda a olvidar, pero los historiadores sabemos que es precisamente el paso del tiempo el que nos obliga a avivar la memoria. A más de treinta años de su muerte, el 4 de julio de 1992, no es exagerado decir que la obra de Juan Antonio Ortega y Medina (1913-1992) se caracteriza, como reza el clásico, por su palpitante actualidad. El historiador malagueño, *transterrado* en México, como a él gustaba definirse siguiendo el término con el que el filósofo José Gaos utilizaba para sí mismo[1] y a sus compatriotas exiliados por la Guerra Civil española (1936-1939), dejó un ingente legado intelectual, compilado hace poco más de una década en siete volúmenes, publicados por el Instituto de Investigaciones Históricas y la Facultad de Estudios Superiores de Acatlán de la Universidad Nacional Autónoma de México. Junto con mi apreciada colega, María Cristina González Ortiz, tuve el privilegio de editar las obras de nuestro querido mentor como homenaje a su generosa vida y valioso magisterio.

> Ortega expresó que la guerra y el exilio le habían dejado "una herida psíquica, profunda, difícil de cicatrizar, la producida por la injusta derrota republicana contra toda moral, razón y justicia". Tras una también difícil aclimatación en Veracruz y Chiapas llegó por fin a la ciudad de México, donde don Juan, como cariñosamente se le nombraba en nuestros espacios académicos universitarios, se convirtió en profesor e investigador y lo fue por cuarenta años. La vida me trajo la fortuna de conocerlo, tratarlo y quererlo como a un padre. Recuerdo como si fuera ayer el primer día en que llegué a su clase en la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM, en noviembre de 1984 como alumna recién matriculada en la carrera de Historia. La figura del eminente profesor, pasados sus setenta años, me pareció digna e imponente. Su presencia inmediatamente se hacía notar en los pasillos facultativos con su elegante silueta de caballero español y erguido porte militar, impecablemente ataviado con sacos de fina lana, camisa almidonada, rematada con discretas mancuernillas y en cuyo bolsillo se asomaba un pañuelo. Un fistol siempre adornaba su corbata y calzaba con botines formales. En el dedo meñique portaba un anillo de oro con un zafiro, que con orgullo decía que usaba por ser el azul marino de la

1 Palabra acuñada por el propio Gaos para expresar su humanismo transoceánico y su identificación con México, "patria de destino", sin desistir de la "patria de origen". José Gaos, *Materiales para una autobiografía filosófica. Confesiones profesionales, otros ensayos y papeles*, selección de Adolfo Castañón (Madrid: Iberoamericana Vervuert, 2015), 139.

piedra el distintivo propio de la Facultad de Filosofía y Letras. Don Juan dejaba a su paso una discreta estela de loción amaderada de vetiver –su favorita– que se combinaba en el aire con el aroma a jabón de Maja, del que siempre agradecía una caja de regalo traída de España. En una mano sostenía una carpeta y en la otra un cigarrillo y consumía varios de ellos en el salón de clases, en aquellos tiempos en que los alumnos éramos las más de las veces fumadores pasivos. Trabajaba de noche, acompañado por el inseparable cigarro. Decía gustarle mucho el silencio nocturno para meditar y escribir. Dormía poco. Aun así, se levantaba temprano motivado por el eros pedagógico que decía inspirarlo, como a Jacobo Burckhardt, dueño de dicha frase, a quien frecuentemente citaba. De cualquier forma, la tradicional costumbre de la siesta española renovaba sus energías después de la comida, a la que antecedían los sorbos de su *jeré* favorito, la manzanilla que pronunciaba así, con su acento *andalú* que nunca perdió.

Don Juan fue un gran conocedor de la literatura universal. Salpicó toda su obra con frases, proverbios, dichos, refranes y la *sagesse* de autores, sobre todo, del Siglo de Oro español. Dominaba más de cinco idiomas, lo que le dio un inmenso repertorio de lecturas en varias lenguas. Era un hombre auténticamente sabio, en toda la extensión de la palabra, y lo era verdaderamente por su modestia, discreción y sencillez. Fue un hombre apacible y un tutor generoso, consejero siempre oportuno, pero fundamentalmente respetuoso del libre albedrío de quien pedía su opinión, que a veces esquivaba, pues no se requería dar mayores preceptos a quien “sabe equivocarse solo”.

Sus discípulos lo recuerdan por su atrayente pedagogía. De gran prestancia, el profesor despertaba admiración y respeto. Dictaba magníficas cátedras con enorme seriedad y profesionalismo. Era parco, reservado, mas no distante, y se interesaba particularmente por los pupilos que mostraban interés y sobresalían en sus notas, a quienes animaba y apoyaba.

Juan Antonio fue un hombre de honor e ideales inquebrantables. Recuerdo que decía que las personas no tienen precio, sino dignidad. Creía en los valores liberales y republicanos de aquella España de los años treinta del siglo pasado que veía con esperanza un porvenir más justo y equitativo para todos. La guerra civil lo forzó a defender esos valores apenas a sus 24 años. Su hermano mayor, Felipe, murió fusilado por los franquistas. El idealista miliciano luchó en el frente como teniente de artilleros y fue herido dos veces gravemente en combate, en que perdió el oído y la vista derechos. Tuvo que ser intervenido en el rostro por las serias heridas recibidas, aunque las cicatrices nunca afearon su dulce semblante. Tras la derrota, pasó un largo tiempo en varios campos de concentración en Francia, hasta que

pudo salir rumbo a México en el vapor Cuba, el último navío que zarpó con refugiados rumbo a Veracruz en 1941.[2]

Una de sus discípulas más queridas y cercanas, María Cristina González Ortiz reconstruyó la experiencia vital de nuestro maestro en una espléndida y emotiva biografía titulada *Juan A. Ortega y Medina. Entre Andrenios y Robinsones*.[3] Ella definió merecidamente a su mentor como "el más distinguido representante de la primera generación de intelectuales exiliados formada en México en el campo de la historia".[4] El propio don Juan narró bellamente su testimonio de vida en el discurso que pronunció el día que recibió el Premio Universidad Nacional en el área de docencia en humanidades, que lleva por título *Espíritu y vida en claro*.[5] El gobierno mexicano le concedió, en 1991, el Premio Nacional en Humanidades y Artes. Siempre reconoció y agradeció a México por haberle dado asilo, así como por la oportunidad de terminar aquí su formación académica, y a la UNAM por haberle otorgado el espacio para su desarrollo profesional como profesor e investigador, ya que, desde 1977 y hasta la fecha de su muerte, en 1992, don Juan fue investigador del Instituto de Investigaciones Históricas de nuestra Universidad. Afirmaba, también, con una pícara sonrisa, el que tuvo dos esposas mexicanas que lo cuidaron y le hicieron hogar. Viudo de la primera, Alicia Monjaráz, años después contrajo nupcias con María Teresa Bosque, compañera hasta sus últimos días.

Don Juan se crio en un hogar de ideales liberales inculcados por su padre, y de tradiciones hondamente católicas por la devoción materna, mas él se definía como agnóstico. Llama poderosamente la atención que, durante todo su ejercicio como historiador, dedicara tanta atención al estudio de la religiosidad cristiana, a desentrañar el *ethos* del catolicismo y del

2 El vapor Cuba fue el que acogió la última expedición organizada por el SERE (Servicio de Evacuación de Refugiados Españoles) en Francia. Dicho embarque fue preparado en 1940, cuando el desplome francés ante el avance nazi era evidente. Por ello, en la lista de pasajeros de este embarque había personas de gran significación política, principalmente comunistas y anarquistas. El barco zarpó del puerto de Burdeos pocas horas antes de la llegada de las tropas alemanas a la ciudad. El destino de la expedición era la República Dominicana, ya que el gobierno mexicano había suprimido la organización de los embarques colectivos de refugiados españoles. El barco arribó a Santo Domingo, capital dominicana, a principios de julio de 1940. Sin embargo, el gobierno dominicano del dictador Leónidas Trujillo no admitió a los pasajeros, por lo que sin llegar a desembarcar, el barco tuvo que partir hacia la Martinica, donde esperaron hasta que el presidente mexicano Lázaro Cárdenas aceptó su desembarco en el puerto mexicano de Coatzacoalcos. Véase Aurelio Velázquez Hernández, "La otra cara del exilio: Los organismos de ayuda a los republicanos españoles en México (1939-1949)" (tesis de doctorado, Universidad de Salamanca, 2012).

3 María Cristina González Ortiz, *Juan A. Ortega y Medina entre Andrenios y Robinsones* (México: Instituto Nacional de Antropología e Historia/Universidad Nacional Autónoma de México, 2004).

4 González Ortiz, *Juan A. Ortega y Medina*..., 10.

5 Juan Antonio Ortega y Medina, "Autobiografía. Espíritu y vida en claro", en *Obras de Juan A. Ortega y Medina 1. Europa moderna*, ed. de María Cristina González Ortiz y Alicia Mayer (México: Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, Facultad de Estudios Superiores Acatlán, 2015), 31-36.
https://historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/594/594_04_03_Autobiografia.pdf

protestantismo, a contrastar ambas confesiones y a valorar la trascendente impronta que las ideas religiosas tenían como motores del devenir histórico y como factores formativos de la identidad de los pueblos.

Un día en que yo preparaba los trámites para agendar la fecha de mi examen para obtener el grado de maestría en Historia, don Juan me acompañó y me dijo que ese día estaría conmigo en espíritu. Me sorprendió mucho su comentario, ya que no estaba enfermo y negué que eso pudiera ocurrir así. Como mi tutor y por su posición, él sería presidente del sínodo. El día esperado llegó y él se preparaba para asistir esa tarde a mi evaluación. En una llamada telefónica previa, su esposa María Teresa me había informado que mi maestro había estrenado un traje nuevo para la ocasión. Recuerdo vivamente ese tres de julio de 1992 en el que, a unos minutos de la hora acordada para comenzar el examen, nos extrañó su retraso. Al buscarlo de vuelta por teléfono, se me informó que había sido llevado de urgencia al hospital ya que había sufrido un derrame cerebral masivo. En la madrugada del cuatro de julio, Juan A. Ortega y Medina nos dejó físicamente, para quedarnos con su espíritu, su entrega, su amor y su legado, que me han acompañado siempre en mi quehacer profesional y en los valores que practico en la vida. *Exemplo mostrante viam*: es un ejemplo que guía el camino.

Aportes historiográficos y orientación crítica

Fueron varios los temas que con esmero estudió el admirado profesor e investigador universitario. Muchos de estos asuntos se cruzan transversalmente y se pueden contemplar desde diversas perspectivas. Ortega llegó a ellos por la experiencia vivida después de la guerra civil española y su encuentro con México, cuya historia le era necesario conocer. Nuestro investigador escribió varios libros: quedan para goce y edificación de las personas lectoras títulos como *Reforma y Modernidad* (1952) –su tesis de maestría–; *México en la conciencia anglosajona* (2 volúmenes, 1953 y 1955) –su *opera prima*–; *Humboldt desde México* (1960); *Historiografía soviética americanista* (1961); *Ensayos, tareas y estudios históricos* (1962); *Polémicas y ensayos en torno a la historia* (1970); *Destino Manifiesto* (1972) –su obra más difundida–; *Estudios de tema mexicano* (1973); *La evangelización puritana en Norteamérica* (1976) –su obra más erudita–; *Teoría y crítica de la historiografía científico-idealista alemana* (1980) –su primer trabajo como investigador del Instituto de Investigaciones Históricas–; *El Conflicto anglo-español por el dominio oceánico* (1981) –su obra predilecta–; *Imagología del bueno y del mal salvaje* (1987); *Zaguán abierto al México republicano* (1987); *La idea colombina del descubrimiento desde México* (1989); *Imagen y carácter de J. J. Winckelman* (1992); *Reflexiones históricas* (1993, póstumo) –su legado historiográfico más preciado–;[6] así como ensayos, artículos, capítulos en libros, reseñas, estudios introductorios y traducciones.

A continuación, destacaremos algunas de las temáticas más caras para Ortega, que explican la selección de textos que hemos elegido para presentar en este espacio y que comentaremos aquí oportunamente. Muchas de estas preocupaciones son particularmente vigentes en nuestro presente.

Un primer bloque gira en torno al estudio de la historia de España. A su llegada a México, Ortega y Medina percibió que había desconocimiento sobre el devenir de aquella nación e incluso arraigados prejuicios que derivaban en equivocadas valoraciones. En sus obras el investigador se orientó principalmente a analizar la pérdida del poderío español, por un lado,

6 De acuerdo con González Ortiz, *Juan A. Ortega y Medina*..., 153.

y a contrarrestar las opiniones adversas sobre España, es decir, la llamada leyenda negra, formulada con contumeliosa saña nacionalista por los rivales políticos y confesionales de esta desde el siglo XVI.

Al decir de Cristina González, hizo un "gran esfuerzo por encauzar su híbrido bagaje hacia un logro vital, meta siempre perseguida: reivindicar a España, su patria".[7] Ortega y Medina subió a México en el mismo barco de la historia de España: se trataba, en sus propias palabras, de "rescatar nuestra desdeñada cultura y de defendernos de la vieja leyenda negra, en la cual se incluye lo mismo al hombre iberoamericano que al español".[8]

Nuestro historiador se abocó a señalar la imperiosa necesidad de reconocer la fundamental relevancia de España en la formación del llamado mundo moderno. Destacó el trascendente legado civilizador de su patria a lo largo del tiempo, pero también subrayó sus limitaciones y errores, propios de toda empresa humana. Solo un conocimiento profundo del desarrollo de ese país a través de los siglos serviría para percibir más objetivamente lo que era en esencia, una nación de claroscuros, como cualquier otra. Lo que es más, debía valorarse en plenitud que España formaba parte de lo que íntimamente había forjado a México, a raíz de los acontecimientos ocurridos a partir del siglo XVI: la llamada conquista y la colonización que siguió a ese hecho. Ante el panorama ideológico que imperaba en México en los años cuarenta y cincuenta, Ortega sintió la necesidad de llevar a cabo una reivindicación histórica de España y una apología del mestizaje, proceso social y cultural que él consideró de enorme riqueza. Don Juan advirtió que, de negarse nuestras raíces hispánicas en aras de exaltarse solamente el componente indígena de nuestra formación nacional, esto nos llevaría a la deriva, con la amenaza de no poder asumir nuestra doble identidad como mexicanos. También la escritora María Zambrano, malagueña y exiliada como Ortega y Medina, había notado la dificultad que entrañaba para México asimilar su bifronte historia.[9]

Podemos distinguir un segundo bloque fundamental del interés de Ortega y Medina como historiador, que se desarrolló sobre la importancia de examinar la historia de Inglaterra, la contraparte de España en el mundo europeo. Dos mundos geográficamente distintos, dos experiencias históricas diferentes, dos maneras de ver y entender el mundo, dos programas nacionales opuestos, eso eran España e Inglaterra en el ocaso de la Edad Media. Y los res-

7 González Ortiz, *Juan A. Ortega y Medina*..., 46.

8 Ortega y Medina, "Humboldt desde México", en *Obras de Juan A. Ortega y Medina* 4. *Humboldt*, 118. https://historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/644/644_04_02_HumboldtMexico.pdf

9 María Zambrano, "Misericordia", en *Obras completas* 1, ed. Jesús Moreno (Madrid: Galaxia Gutenberg, 2011).

pectivos proyectos de ingleses y españoles fueron heredados a sus dominios en América a partir de la era de los descubrimientos, que coincidió con el advenimiento del mundo moderno. Por eso se hacía también primordial estudiar la historia de los Estados Unidos de América desde sus orígenes coloniales y su ulterior desarrollo, por la relevante relación que ese país guardaría con México. No es casualidad que Ortega guiara su mirada hacia el "Destino Manifiesto" y buscara explicar el origen de este pensamiento, cuyas raíces él encuentra en la teología de Juan Calvino (1509-1564), concretamente en la secularización de su doctrina de la predestinación. Quiso también explicar estas ideas que sirvieron de justificación a los estadounidenses para legitimar su expansionismo a costa de otros pueblos y, de forma más visible, de los indios y los mexicanos.

Un tercer bloque temático en la obra de Ortega y Medina está dado por el estudio del pensamiento cristiano en la Edad Moderna, centrado especialmente en varios aspectos de la Reforma protestante y la Contrarreforma católica, procesos que marcaron de manera honda y trascendente el modo de ser y de pensar de las naciones que adoptaron respectivamente estos credos. Sin duda, este tema está presente en casi todas las obras que Ortega escribió, tratado desde diversos enfoques y perspectivas. A nuestro autor le atrajo la vida e ideas de Lutero y Calvino, por las tesis reformistas y su contribución a la Modernidad; también la obra trascendente del sociólogo alemán Max Weber (1864-1920), así como el impacto del protestantismo en la formación de la conciencia inglesa y estadounidense –o en cómo incidió la manera de pensar del protestante y el católico sobre el indígena americano–, entre otros tantos aspectos más que se verán reflejados en el repertorio que aquí se presenta.

Un cuarto bloque, que concierne a una temática que despertó muy tempranamente el interés prioritario de nuestro autor, se orienta hacia la interpretación del indio americano en el pensamiento anglosajón (inglés y estadounidense). En 1952 Ortega presentó su tesis doctoral "El horizonte de la evangelización anglosajona en Norteamérica" que pulió durante muchos años, hasta convertirla en lo que quizá es su trabajo de investigación más relevante: *La evangelización puritana en Norteamérica*, publicada en 1976.[10]

10 Podrá advertirse que Ortega prefirió casi siempre nombrar a los Estados Unidos como "Norteamérica" y a los estadounidenses como "norteamericanos".

Mencionaremos un quinto y último bloque. Sin embargo, ello no implica que aquí hayan terminado sus intereses más apremiantes pues, a la par, Ortega y Medina dedicó gran atención a los estudios historiográficos, al pensamiento filosófico alemán del Romanticismo y a investigaciones histórico-biográficas sobre Alejandro de Humboldt, William H. Prescott y J.J. Winckelmann, principalmente, de los que resultaron trabajos excepcionales. Asimismo, tradujo varios textos escritos en otros idiomas y editó obras de más autores, con excelentes estudios introductorios. Pero ahora hacemos especial mención a su inclinación por la literatura viajera, asunto que le ocupó prácticamente toda su vida.[11]

Las obras de Ortega se caracterizan por estar escritas con elegante y erudita pluma y con un sesgo de ironía. Don Juan era un opinador agudo que dialogaba seriamente con sus fuentes y las cuestionaba. Con quienes discrepaba, aunque siempre mantenía un diálogo académico, no era sutil en su crítica y su sarcasmo hace sonreír al lector cuando sin dificultad percibe el valor irónico de su mensaje. Volvemos a tomar prestadas las palabras de Cristina González para describir el estilo de Ortega. Además de mencionar su pasión por las artes y el aplomo con que trataba los problemas teológicos, dice que:

> No menos evidentes son sus alusiones a las letras españolas, su pulida prosa que mucho debía a su conocimiento del latín y que con frecuencia era un medio para velar sus intenciones bajo la ironía, más que para la comprensión. Su gusto por sustantivos, adjetivos y verbos de uso fuera de lo común. Que hizo que sus lectores tuvieran siempre a la mano un diccionario. Además, su rica y erudita bibliografía es anticipo de otra característica de su trabajo historiográfico: la cuidadosa y exhaustiva documentación en que lo fundamentó.[12]

Como señalaba uno de los autores predilectos de Ortega y Medina, Baltazar Gracián, "no hay maestro que no haya sido discípulo". Por ello hay que señalar, aunque sea brevemente, la influencia que ejerció en nuestro mentor –primero, en España– el historiador Fernando de los Ríos (1879-1949), quien había sido su profesor en la Universidad Central (hoy Complutense) de Madrid. Luego, fue el historiador mexicano Edmundo O'Gorman (1906-

11 José Enrique Covarrubias, "Los escritos de viajeros sobre el México de la primera mitad del siglo XIX en la obra de Ortega y Medina", en *Juan A. Ortega y Medina. Historia y vida*, comp. y pról. de Cristina González Ortiz (México: Universidad Nacional Autónoma de México, Escuela Nacional de Estudios Profesionales Acatlán, 1995), 35-48; Eugenia Meyer, "El desafío de las miradas extrañas", en González Ortiz, *Juan A. Ortega y Medina*..., 111-123.

12 González Ortiz, *Juan A. Ortega y Medina*..., 71.

1995), durante su formación en la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM. Ortega y Medina conoció la corriente de pensamiento historicista que José Ortega y Gasset (1883-1955) puso en boga en España, y que llegó a México a través de su discípulo José Gaos (1900-1969), quien fuera rector de la Universidad Central de Madrid y, tras su exilio, distinguido profesor en México. Ya en tierras mexicanas, Juan Antonio se identificó plenamente con la manera de interpretar los hechos históricos de Edmundo O'Gorman, aunque, justo es decirlo, siempre conservó su autonomía y original estilo de abordar y escribir sobre el pasado.

Ortega abrazó, pues, el historicismo como corriente de interpretación de la historia, que consistía en entender que las acciones humanas están motivadas –"desde muy adentro"– por el momento en que se vive, es decir, por el contexto y las circunstancias que condicionan la manera de pensar y de ver el mundo de una persona. De allí que las ideas y creencias deben ser entendidas en la época en que se producen. Explicar la historia es algo complejo: esta no responde a una simple determinante de causa-efecto. De antemano se sabe que no hay una verdad universal, ni leyes que guíen el camino de la historia. Esta la van haciendo hombres y mujeres con sus diarias acciones y con la fuerza de su pensamiento, sus convicciones sus intenciones, motivaciones y voluntad.

Las razones históricas son múltiples. Un mismo acontecimiento puede ser interpretado de diversas maneras y resultar de ello distintas versiones. El quehacer del profesional consiste en llevar a cabo un riguroso trabajo de investigación de las opiniones expresadas en el pasado y del análisis de fuentes cuya interpretación no prescinde, sino que se nutre, de la subjetividad del propio historiador, puesto que, a pesar de las buenas intenciones, de la sinceridad del estudioso y de su afán de objetividad, no puede haber un conocimiento completamente exacto e imparcial de la historia. El pasado no es un aspecto ido o distante, sino un elemento formativo de la realidad presente. El historiador debe acercarse al pasado para comprenderlo y saber que lo hace desde la perspectiva, los valores, ideas y creencias de su propio presente.

Ortega y Medina fue un muy hábil historiador y de especial talento, lo que quedó patente en su prolífica actividad. Buscó las diversas maneras en que se podían entender los hechos históricos, pero, sobre todo, a partir de las ideas o el pensamiento manifiestas u operantes en una época del pasado. Se preguntó cuál era la Verdad (así, con mayúscula) en la historia. Concluyó que había más bien *verdades*, que se construían o afirmaban de acuerdo con el prisma con que cada testigo había mirado un acontecimiento, dependiendo asimismo de cómo cada historiador interpretaba esos testimonios y de la forma en que cada lector le daba sentido al pasado según su propia visión del mundo, situación y

contexto. Ortega comúnmente se refirió en sus obras a la palabra "conciencia", como el modo en que cada persona –e incluso un grupo social– ve, conoce, reflexiona e interpreta sus acciones, las de otros o la realidad circundante y se declaró abiertamente como un "historiador de las ideas".

A continuación, se presentarán en orden cronológico siete artículos escritos por Juan A. Ortega y Medina que hemos seleccionado por creer que reflejan cabalmente los intereses intelectuales de nuestro autor, su pensamiento histórico-filosófico, su metodología y modo de interpretación de distintas realidades en espacios y tiempos determinados.[13]

- "Ensayo sobre la Conquista española" (1943)
- "De Andrenios y Robinsones" (1976)
- "Mito y realidad o de la realidad antihispánica de ciertos mitos anglosajones" (1985)
- "Lutero y su contribución a la modernidad" (1985)
- "Pródromos de la escalada viajera anglosajona" (1987)
- "Razones y sinrazones anglosajonas frente al otro. La imagen cambiante del símbolo: de la consideración idílica del pielroja al aniquilamiento" (1988)
- "La novedad americana en el Viejo Mundo" (1991)

Estos textos van acompañados de una recensión crítica que, confío, ayudará a las personas lectoras a situar al autor y su contexto vital, y coadyuvará a entender su interpretación de los hechos históricos que trata.

13 Dichos trabajos están incluidos en *Obras de Juan A. Ortega y Medina* en siete volúmenes que hemos relacionado en la página 4.

SEGUNDA PARTE

Miscelánea temática y crítica

Repensar, comprender y asimilar la conquista

En 1943, Juan Antonio Ortega y Medina –entonces un novel profesor de primaria en el Instituto Luis Vives– escribió el "Ensayo sobre la conquista española",[14] en coautoría con su compañero de la Escuela Normal Superior, Manuel Jiménez Martín. Este texto sería presentado en el VI Congreso Mexicano de Historia en Jalapa, Veracruz. En adelante, me centraré en la participación de Ortega, obviando el nombre, pero no el valor de la contribución del coautor del ensayo, el referido Jiménez Martín.

Justo es decir que a Ortega no le gustaba este escrito que había elaborado a los treinta años y no lo mencionaba en su síntesis curricular. Con el tiempo cuestionó algunos argumentos y ponderó sus interpretaciones. Sin embargo –y me disculpo con mi maestro por sacar este texto del cajón de los recuerdos–, creo que tiene la virtud de enseñarnos cómo va evolucionando un historiador en su quehacer y en su habilidad como intérprete del pasado, de camino a la madurez intelectual. El ser historiador es un proceso que lleva tiempo y exige experiencia, estudio y formación. También he elegido presentar este ensayo a la consideración de las personas lectoras porque vivimos actualmente en un México donde en algunos círculos se ha politizado el tema de la conquista con una retórica exaltada, se ha vuelto a una discusión polarizante entre indigenismo *versus* hispanismo y se han retomado muchos elementos de la leyenda negra antihispánica sacados de contexto a más de 500 años de aquel hecho histórico fundacional de nuestro ser nacional.[15]

Vayamos al ensayo. Seguramente a su llegada a México, en 1941, el joven historiador Ortega y Medina encontró que en su país de adopción había una profunda incomprensión de la historia de España. Ya trayendo a cuestas una inclinación historicista, perfiló su objetivo, que fue explicar a sus lectores el proceso histórico de España, sobre todo en la temprana Edad Moderna, la era en que fue nación conquistadora y colonizadora, para "disipar dudas y reestablecer la verdad histórica hasta aquel punto en que ella puede ser restablecida". Había urgencia de "reconsiderar postulados" y "obtener un nuevo criterio" que juzgara de manera "imparcial

14 Ortega y Medina, "Ensayo sobre la conquista española: sus antecedentes económicos, humanísticos y la proyección de éstos en ella", en *Obras de Juan A. Ortega y Medina* 6. *Descubrimiento y conquista*, 203-395. https://historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/658/descubrimiento_conquista.html

15 Hay una amplia bibliografía sobre la leyenda negra. Remitimos al estudio más reciente: María José Villaverde y Francisco Castilla Urbano (ed.), *La sombra de la leyenda negra* (Madrid: Tecnós, 2016).

y serenamente" los hechos, "restableciéndolos en su verdadero valor y objetividad". Había, en suma, que discutir hondamente y llevar a cabo "un estudio sereno y desapasionado", una "rectificación y un redescubrimiento de afirmaciones que hasta hace poco hemos tenido como buenas". En toda la obra ortegamediniana descubrimos dos ejes que el historiador buscó atender. El primero era explicar la rica aportación de España a la cultura occidental y defender lo positivo de su legado en México. El segundo se centra en derribar los mitos y prejuicios que surgieron de la llamada leyenda negra que los rivales políticos y confesionales de España fabricaron desde el siglo XVI en contra de esta nación y de su proyecto colonizador y civilizador, cuyos únicos beneficiados resultaron ser los enemigos de España e Hispanoamérica.

En este ensayo, Ortega insistía en el tema central de la formación dual de la nacionalidad mexicana, ante el debate centrado en los elementos que la originaron: el indígena y el español. Nuestro autor expuso sus ideas de manera cautelosa y respetuosa, quizá dubitativo de la posible reacción negativa o malentendidos que pudieran surgir a raíz de sus palabras como extranjero, exiliado y recién llegado. Quizá pensó que sus argumentos en favor de España, tendientes a ser más comprensivos que censurantes, conseguirían el efecto de herir sensibilidades patrióticas. Sin embargo, con gran valor Juan Antonio saneó la dificultad y con una atenta disculpa, de manera firme y decidida, señaló las propuestas de interpretación que vienen contenidas en el trabajo que aquí compartimos.

Para Ortega lo fundamental era comprender primero el sentido que animó la obra de España en la historia de Occidente, particularmente en los siglos XV y XVI, sin la cual esta no tendría para nosotros los mexicanos un pleno significado. El impulso español no solo fue movido por los intereses económicos, sino que se sustentó en algo mucho más profundo: en ideales, en obstinadas convicciones que forjaron una identidad en aquel pueblo. Ortega desarrolló sus tesis sobre este punto en dos amplios apartados. En el primero, analizó aquellos sucesos y procesos que incidieron en el paso de la Edad Media al mundo moderno. En el segundo, se ocupó de explicar los antecedentes de la conquista y el bagaje esencial que había conformado a los conquistadores a través de largos años del devenir de la Península ibérica.

Nuestro lúcido intelectual se remonta a la Edad Media para sustentar sus tesis, centrándose sobre todo en el Renacimiento, fecunda etapa de transición respecto de la era feudal, donde se manifestó paulatinamente una transformación en el desarrollo de la humanidad en todas las áreas de la vida y fue motor esencial de cambios paradigmáticos en el modo de pensar y ver el mundo frente al tradicionalismo medieval. El impulso humanista fue fuerza renovadora que se reflejó de distintas formas en Europa. En España, que no existía como el país que conocemos hoy, fue rica la tradición del humanismo y sus postulados se encauzaron

hacia la defensa de la cristiandad católica y de sus valores, tomados como estandarte de identidad. De hecho, una de las grandes contribuciones que España hizo en América fue, nos dice el autor en otro trabajo, haber llevado consigo la fértil herencia grecolatina que había, a su vez, heredado España.

El segundo suceso que señala Ortega como detonante de la ruptura con el mundo medieval de cara hacia una nueva era fue el fenómeno de las disgregaciones nacionales en la Europa de fines del siglo xv. Explica que los Estados se fueron configurando, dejando atrás el viejo modelo de organización feudal, diferenciándose de los demás y orientados a sus propios intereses, dictados por el naciente mercantilismo. Nuestro autor presenta en seguida el bosquejo económico-político de España anterior al reinado de los Reyes Católicos, cuando había una próspera actividad, basada en una agricultura floreciente, una industria artesanal avanzada y, en consecuencia, un comercio e instituciones mercantilistas. Empero, fuerzas ideológicas tenaces –de intolerancia religiosa y centralismo político– impuestas por esos monarcas y sus sucesores frustraron, desde finales del siglo xv y progresivamente hasta el xvii, el desenvolvimiento material en la Península, con resultados catastróficos.

En el siglo xvi terminó por resquebrajarse el antes sólido complejo que era la Europa cristiana en la Edad Media. En el ámbito religioso, la unidad católica universal acabó por sucumbir con la Reforma protestante. El estudio de este tema sería una constante en toda la obra de Juan A. Ortega y Medina. España se alzó como la campeona en la lucha contra esta confesión, movimiento que se ha llamado de la "Contrarreforma". Ortega dirigió su atención a explicar el antagonismo entre la Reforma protestante y la Contrarreforma católica, lucha de dos ideologías contrarias que, dialécticamente, determinó el proceso de la Modernidad. Nuestro autor llegó al meollo de su explicación sobre el sentido que animó a España en su devenir histórico: la defensa a ultranza del cristianismo, primero, en su vertiente pre-reformista-humanista (*philosophia christi*), con la cual él se sintió plenamente identificado y, después, la contrarreformista, a la cual nuestro historiador atribuyó en gran medida el estancamiento vitalista o la "decadencia" de España.

En el segundo gran apartado de este ensayo, Ortega y Medina comienza por explicar la diversidad de la Península ibérica para que se pudiera entender que no hubo una, sino muchas y distintas "Españas". Resalta las contribuciones políticas ancestrales y la formación de sólidas instituciones tendientes a la libertad, la pluralidad y la tolerancia de la sociedad en contra de principios autoritarios: los municipios, las cortes, los fueros, las justicias; en suma, las estructuras que conformaron su vida medieval. Ortega se lamenta del fin de estas libertades por la unidad centralizadora de los reyes de Castilla que acabó con el espíritu de

diversidad creadora y con la tolerancia que se reflejaba en mantener en armonía el reino con tres religiones: la cristiana, la árabe y la judía, que hasta entonces convivían en paz. Estos procesos coincidieron con la gran coyuntura histórica del descubrimiento y la conquista de América.

Comprender y no prejuzgar –o, peor aún, condenar– era la recomendación de nuestro intelectual historicista. El que hubieran sido los castellanos, y no los grupos del levante español, por ejemplo, quienes hicieron la conquista le imprimió a esta –según Ortega– un matiz específico. Había, pues, que entender el carácter de estos hombres: el conquistador español fue hijo del Renacimiento, individualista e ingenioso, curtido en la peligrosa vida de extremadura fronteriza. Quienes realizaron la empresa bélica y la colonización eran individuos deseosos de aventura, aunque no formados de espíritu naviero y mercantilista, sino llenos de ansias territoriales e interés por obtener y acumular riquezas. En América se volcaron en satisfacer sus ambiciones, en tener posiciones de privilegio y buscar una mejor vida. El español –añade en otro trabajo– "sentía la realidad americana como empresa heroica y suntuaria, explotadora y señorial".[16]

Ortega y Medina refiere que no se trata de hacer un alegato en defensa de estos hombres, sino que aboga por tratar de entenderlos en su tiempo y circunstancias, para "establecer con recto juicio un criterio sobre los conquistadores" y así poder evaluar mejor sus actuaciones. Eran personas de su tiempo, formados a partir del ámbito de su entorno. Ortega pide que el conquistador sea visto "a través de un concepto sereno y desprovisto de partidarismo", que las imputaciones que se hace contra éstos no recaigan sobre el pueblo español y menos desde un presente que señorea otros valores.

Por otra parte, nos dice Ortega y Medina, es necesario entender el carácter, el talante, de todo conquistador, en cualquier época. Esta figura –sea la de Sargón I, Ciro el Grande, Gengis Khan, Alejandro Magno, Julio César, el cosaco Yermack y el propio Cortés– domina la historia en todas las edades de la humanidad. Nos hace pensar que, en las llanuras de Rusia, las estepas de Mongolia, las mesetas de China y Asia central, las altiplanicies desde el Levante hasta el río Indo, surcaron estas tierras fieros invasores que subyugaron por las armas a pueblos de menos fuerza o resistencia, las más de las veces con enorme crueldad. Es cierto que la denominación genérica de "conquistadores" remite casi inevitablemente a aquellos españoles que extendieron el dominio ibérico en las llamadas Indias Occidentales. Empero,

16 Ortega y Medina, "México en la conciencia anglosajona. Las inevitables nuevas críticas", en *Obras de Juan A. Ortega y Medina* 3. *Literatura viajera*, 59-63.
https://historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/631/631_04_02_ConcienciaAnglosajona.pdf

los historiadores deben advertir sobre los perniciosos estereotipos que se forjan en las entrañas de los mitos. Ortega advierte que no debería haber distinción en lo que toca a las motivaciones que llevaron principalmente a franceses, ingleses, portugueses, neerlandeses o alemanes al Nuevo Mundo. Todos fueron movidos por la ambición de obtener riquezas. La diferencia está, según observa el autor, en que aún a los peores aventureros hispanos les movía un profundo ánimo cristiano, elevado al grado de fanatismo religioso, una ideología que era leitmotiv de todas sus acciones. El ideal humanístico cristiano acompañó las ansias vigorosas por obtener beneficios económicos. Fue una palanca poderosa que movió a la acción. Ortega refiere que:

> El móvil económico de la Conquista es innegable; pero la realización, además de llevarse a cabo en el terreno material con toda su crudeza, encuentra en el impulso místico cristiano y ecuménico, la llama viva que alienta y hace persistir, pese a cualquier tipo de obstáculo, el impulso materialista primario de los conquistadores.[17]

En el apartado intitulado "Una rectificación histórica", Ortega y Medina quiso demostrar que la despoblación que siguió a la conquista de México-Tenochtitlan y el trato inhumano y de explotación –que se dice y repite que los españoles dieron a los indios–, debe necesariamente matizarse. Si bien las guerras de conquista cobraron miles de vidas, tanto a causa de las armas, como por las organizaciones que se derivaron de la colonización, fueron las epidemias, las hambrunas y el desarraigo de sus tierras los factores que, por mucho, contribuyeron al desastre demográfico de los pobladores originarios (en cifras de millones), y no el que hayan sucumbido por la espada de los ibéricos. No olvida nuestro autor señalar que masas indígenas vieron en los españoles el camino a su libertad del yugo mexica, de allí el decidido apoyo que les prestaron a las huestes castellanas. Tampoco debe obviarse –como señala Ortega– que no pasó desapercibido a los mismos tratadistas y eclesiásticos españoles la crueldad de la conquista y el sufrimiento de los indios. Muchas voces se alzaron en ambos lados del Atlántico condenando las acciones de los propios compatriotas, exigiendo justicia hacia los vencidos. La de España fue una autocrítica "como ninguna otra nación antes o después se ha dado el lujo de realizar". Esto resultó en la elaboración de un corpus legislativo de cara a la protección de los nuevos súbditos americanos.

17 Ortega y Medina, "Descubrimiento y conquista", en *Obras de Juan A. Ortega y Medina* 6. *Descubrimiento y conquista*, 242.
https://historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/658/658_04_07_II.pdf

Cierra Ortega y Medina su largo ensayo con el apartado "El conquistador espiritual", ese otro guerrero que fue el misionero, quizá inspirado por el título utilizado por el historiador francés Robert Ricard en su tesis de grado de doctor presentada en 1933 en la Universidad de la Sorbona: *La conquista espiritual de México. Ensayo sobre el apostolado y los métodos misioneros de las órdenes mendicantes en la Nueva España de 1523-1524 a 1572*, publicada en México por primera vez en 1947, es decir, cuatro años después de que Ortega escribiera su ensayo. En esta sección del mismo, Ortega resalta la figura de Vasco de Quiroga como "un representante genuino de la filosofía renacentista", la de Bartolomé Las Casas "quien mejor representa el movimiento puro del humanismo" y no desea obviar la trascendencia de los jesuitas, pero en un sentido opuesto al espíritu de los frailes, al ser la punta de lanza de la Contrarreforma.

Ese ensayo de Ortega y Medina sigue invitando hoy en día al debate. Esa es una razón de su actualidad. El mensaje crucial de nuestro historiador es que "se quiera o no, el conquistador representa junto con el indígena la base primigenia de la nacionalidad", una dualidad que compone lo que Ortega llama "el alma mestiza". Y podemos agregar nosotros a esto que, además de la sangre del conquistador, fueron los 300 años de historia colonial lo que nos aporta un esencial pasado común con España y que de ninguna manera pueden saltarse y menos ignorarse como parte fundacional de la historia de México.

En 1943, Ortega observaba –siguiendo al también escritor transterrado José Moreno Villa– que los mexicanos aún no habían "digerido" a Hernán Cortés. Al tiempo en que escribo este texto (2024) parece que todavía se está lejos de asimilar nuestra realidad histórica y de asumir los dos polos opuestos, pero integrales, de nuestro ser nacional. Esto no quiere decir obviar los desmanes y depredaciones cometidas por aquellos rudos hombres, que son dignas de toda condenación, pero un camino más sano que podemos tomar –siguiendo la pauta sugerida por el maestro– es el de "superar esta etapa transitoria y considerar a los conquistadores en su verdadero poder de creadores de una nueva raza". Muy en concordancia con las tendencias intelectuales y filosóficas de los años cuarenta del siglo pasado, Ortega y Medina exaltaba la nacionalidad mestiza que, como él mismo admitió, miraba hacia el indio tanto como al español. Nuestro mentor acertó al indicar la "urgencia de incorporar a los indígenas con su herencia autóctona a la tradición hispánica de carácter universalista".[18]

18 González Ortiz, *Juan A. Ortega y Medina*..., 155.

De Andrenios y Robinsones: España e Inglaterra

El conflicto anglo-español por el dominio oceánico (México, UNAM, 1981) fue, sin duda, uno de los libros más bellamente realizados por el historiador andaluz-mexicano, no solo por su contenido erudito, sino también por el atinado balance que logró entre la narrativa histórica y la inspiración literaria. Ciertas ideas que se comentan en esa obra surgieron de algunas consideraciones que Ortega y Medina venía analizando desde, por lo menos, finales de los años sesenta. En 1976 publicó, en las *Memorias de la Academia Mexicana de la Historia,* el artículo "De Andrenios y Robinsones", trabajo que presentó el día de su ingreso como miembro de número en dicha institución, el 5 de octubre de ese año.[19] Tiempo después, en 2004, este título ideado por el maestro sirvió a la doctora María Cristina González Ortiz, para titular bellamente su biografía sobre Juan A. Ortega y Medina.

Con estos dos personajes, Andrenio y Robinson Crusoe, surgidos respectivamente de la mente de sus geniales creadores Baltazar Gracián y Daniel Defoe, Ortega y Medina presentó a sus lectores el contraste entre el modo de ser y de pensar del ente inglés y del español: el primero enfrenta al mundo y lo transforma; el segundo, lo padece y le da la espalda. En el proemio de este ensayo, nuestro autor analizó cómo tales diferencias se gestaron por las diversas experiencias y circunstancias históricas y geográficas de ambos pueblos, lo que determinó su carácter, su pensamiento y su *ideología*. Tal variación no solo se plasma en un distinto enfoque filosófico del mundo, sino en una esencial diferenciación cultural y se percibe a través de la producción literaria en ambos ámbitos, que Ortega conoció como un experto. Incluso esta virtud le mereció un elogio de su maestro y después colega, Edmundo O'Gorman.[20] Comparando los discursos de autores del Siglo de Oro español y del mundo inglés, Ortega interpreta lo que llama "esquema vital-espiritual" de estos individuos, cuyos proyectos políticos y religiosos fueron divergentes. Primero, Ortega sustenta su discurso tomando como ejes la novela *Robinson Crusoe* (1719) de Defoe, la cual, nos indica el autor, está plagada de signos y de significados simbólicos y figurativos del pensamiento protestante, y la contrasta princi-

19 Ortega y Medina, "De Andrenios y Robinsones" en *Obras de Juan A. Ortega y Medina* 4. *Europa moderna*, 457-490. https://historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/594/594_04_07_AndreniosRobinsones.pdf

20 En su respuesta al discurso de ingreso de Ortega y Medina a la Academia Mexicana de la Historia, titulado "De Ave Fénix", O'Gorman expresó: "es muy de encomiar el uso de textos literarios como recurso de primerísima elocuencia para penetrar las oscuras zonas del suceder histórico". *Memorias de la Academia Mexicana de la Historia* 30, (México: Academia Mexicana de la Historia, 1977-1976), 255.

palmente con *El Criticón* de Baltazar Gracián, que apuntala la "hispánica manera contrarreformista y barroca mundo-engaño" propia de este pueblo, personificada por Andrenio. Los españoles parecían empeñados en hallar la razón teológica y mística de la vida en su mundo, este "valle de lágrimas", del que eran pesimistamente conscientes de su transitoriedad. Dicho entorno era para ellos una realidad ilusoria y engañosa, donde el hombre no puede librarse de las acechanzas y desengaños. Cabe decir que estos mismos elementos los refirió también como propios de la psique hispánica el historiador español del arte Fernando Rodríguez de la Flor en su obra *Barroco. Representación e ideología en el mundo hispánico. 1580-1680* (Madrid, Cátedra, 2002) con los que coincide, sin haber conocido las tesis previamente formuladas por su compatriota transterrado. La lectura de esta obra es un excelente complemento a las propuestas de Ortega y Medina.

A diferencia del español, el hombre inglés, caracterizado en la persona de Robinson Crusoe, se lanza al mundo para transformarlo –no para padecerlo– pues al hacerlo cumple, las más de las veces de manera inconsciente, con su vocación, inducida por la ética protestante. Además, la tradición inglesa une razón (ciencia) y técnica para dominar la naturaleza en beneficio y felicidad de la humanidad.

En un segundo apartado, Ortega y Medina analiza esta íntima relación y las razones históricas de esa armónica compenetración entre los británicos y el océano. Nuestro autor acude otra vez a la literatura para demostrarle al lector esa sintonía. No sobra decir que él siempre manifestó que la intuición del poeta y del literato percibía mejor que nadie el alma de los pueblos, al bucear en la realidad social y nacional de los mismos. En este ensayo, Ortega destaca especialmente la trascendencia de las obras *The Principal Navigations* (1588) de Richard Hakluyt (el joven) y *Purchas His Pilgrimes* (1625) de Samuel Purchas, para la proyección aventurera inglesa hacia América. Estos escritores buscaron avivar con sus trabajos el interés de las autoridades y de los burgueses de la insular Albión para expandir sus horizontes. Esta pujante clase social, de la que el legendario Walter Raleigh fue representativo, pudo encauzar sus energías hacia las cosas del mar, de la navegación y del comercio. Así se inició la gran expansión ultramarina inglesa que naturalmente la lanzaría a la competencia "amarga, dura y cerrada" con España. El programa marítimo isabelino no cejó en arrebatarle a esta nación sus posesiones allende los mares.

Ortega concede a la Reforma protestante, en su versión inglesa, el haber sido una de las causas detonantes de la nueva mentalidad de este pueblo de cara a la Modernidad, que determinó el tipo de hombre endurecido en los negocios, desembarazado de escrúpulos religiosos, liberado de toda conciencia social y alejado del antiguo sentido feudal de res-

ponsabilidad, características que nuestro autor explica ampliamente. Para él, la religión protestante inglesa, tanto anglicana, como puritana,[21] "aprovechó de modo admirable la gran coyuntura histórica que ofrecía la domesticación del mar": los dogmas de Calvino (tan caros a los colonos puritanos de Nueva Inglaterra) jamás hubieran traspasado los confines de Europa sin el escenario oceánico y el impulso marinero.

Ortega insiste nuevamente en que la revolución espiritual estuvo ligada a la revolución económica y a la técnica, que propiciaron cambios que tendieron a beneficiar a esa nueva clase social y de espíritu mercantil. Así, nos dice el historiador español, "en la expansión marítimo-comercial y pre-manufacturera de la Inglaterra del siglo XVI coadyuvarían al alimón la inspiración bíblico-religiosa y los intereses económicos". Ortega también se explaya en la explicación de lo que la situación geográfica singular de las islas británicas fue para su proyección como potencia marítima. Ese amor por el mar y "la peculiaridad británica de vivirse y afirmarse como un mundo aparte, rico y venturoso" pueden contemplarse en varios autores de la época, pero quizá no de manera tan elocuente como lo expresó el Cisne de Avon, William Shakespeare, o la voz pragmática, pero igualmente bella, de la prosa de Samuel Purchas.

En el último apartado, Ortega explica los vaivenes de la relación de España con el mar. De 1372 a 1588 Castilla fue el estado predominantemente hegemónico que consiguió el primer puesto militar, político y comercial de Europa después de la "Guerra de Cien Años" –que de hecho fueron 116, de 1337-1453. Este reino, por ser la primera potencia marítima atlántica, pudo realizar el Descubrimiento y el subsecuente proceso de colonización de América.[22] Mas su dominio marítimo terminó, según señala y explica claramente nuestro autor, por la equivocada política de la corona española en desdén y detrimento de las cosas del mar (poderío naval y marina mercante) en favor de las de la tierra (ejércitos/tercios) y por su carencia de mentalidad marinera, que iba en sentido contrario al montaje en la realidad de un imperio transatlántico. En el siglo XVI –nos dice Ortega– España se jugaba en el mar su destino. Empero, para los Andrenios ibéricos, pese a las brillantes hazañas náuticas de fines del siglo

21 Ortega explica ampliamente la diferencia entre el anglicanismo tudoriano y el puritanismo (congregacionalistas y presbiterianos) resultantes de la Reforma inglesa en *Conflicto anglo-español por el dominio oceánico* y en *La evangelización puritana en Norteamérica*. Remitimos a las personas lectoras interesadas a estas obras.
https://historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/conflicto/dominio_oceanico.html
https://historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/607/607_04_02_Evangelizacion.pdf

22 Aunque siempre llamó "Descubrimiento" a la hazaña colombina de 1492, Ortega avaló, desde el punto de vista filosófico, la propuesta ogormaniana de llamarle a este hecho "la invención de América". Edmundo O'Gorman, *La invención de América. Investigación acerca de la estructura histórica del Nuevo Mundo y del sentido de su devenir* (México, Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 1958).

XV y comienzos del XVI, el mar fue considerado como un mal irremediable, a diferencia de la concepción que de los océanos tuvieron los Robinsones ingleses. Estas dos mentalidades se encontraron, antagónicas, en la gran batalla naval de 1588, "fatídica fecha" para España, que marcó un punto de inflexión en la historia atlántica, cuando la Armada "Invencible" de Felipe II sucumbió ante la flota isabelina inglesa. Así lo resume Ortega y Medina: "El conflicto hispanoinglés del siglo XVI por el dominio oceánico fue el de la oposición irreductible de dos programas vitales diferentes; de dos sistemas espirituales distintos, Reforma vs. Contrarreforma, progreso contra tradición, misoneísmo contra modernidad". La tozuda defensa española de valores ancestrales y de la escolástica marcó el camino hacia la llamada "decadencia" política, económica y naval de España, que defendía precisamente un proyecto de vida de espaldas a la modernidad, orquestado desde el Estado y la Iglesia españoles encabezados por los últimos Austrias. En breves palabras, para Ortega, la Contrarreforma fue la causa *principal* de la antimodernidad.

Como un moderno Bartolomé de Las Casas, el gran censor de la empresa española de conquista del siglo XVI, el también español y dolido crítico de su patria Ortega y Medina –válgase la comparación– lanza un "yo acuso" al Estado, los Consejos, la Iglesia y las Cortes de la península ibérica que en el siglo XVII encaminaron al reino al desastre. No fue ya como para Las Casas por la crueldad, la ambición y la soberbia conquistadoras de fines del siglo XV y XVI en detrimento de los pobladores americanos en el Nuevo Mundo, como denunció el dominico,[23] aunque –en opinión de Ortega– con hiperbólica enjundia y exagerada retórica, sino que se debió a la pusilanimidad, la abulia, el empecinamiento y la cerrazón monopolista, oligárquica y teocrática de los gobiernos absolutistas que privilegiaron sus intereses dinásticos y patrimoniales sobre el bien común y llevaron el reino a la decadencia.

23 Ver el siguiente apartado de esta sección: El "otro distinto": prejuicios sobre la alteridad, p. 27.

El "otro distinto": prejuicios sobre la alteridad

"Mito y realidad o de la realidad antihispánica de ciertos mitos anglosajones" fue un artículo que escribió Ortega y Medina en 1985.[24] Se ha seleccionado para esta excerpta porque su contenido general refleja muchas de las preocupaciones temáticas que ocuparon la atención de nuestro historiador durante su vida, varias que aquí se han comentado. Este trabajo es una especie de síntesis de argumentos que extensamente había tratado en su artículo "Monroísmo arqueológico. Un intento de compensación de americanidad insuficiente" (1953) y en sus tres libros más trascendentes: *Destino Manifiesto* (1972), *La evangelización puritana en Norteamérica* (1976) y *El conflicto angloespañol por el dominio oceánico* (1981). Seguidos de una introducción, Ortega dividió el trabajo en cuatro apartados, que orientan al lector sobre la pauta de los asuntos de su interés: Predestinación condenatoria; Leyenda negra; Imitación: democracia al sesgo; y Destino manifiesto.

En la introducción, el autor explica qué es un mito y cómo impacta en una realidad determinada. Le interesa particularmente relatar cómo se construyeron los prejuicios históricos a raíz de la rivalidad surgida del conflicto entre España e Inglaterra que comenzó en el siglo XVI y se extendió por muchos siglos, hasta sobrepasar los confines europeos y proyectarse en América, como ya se explicó en las reseñas anteriores. Aquí insiste Ortega en que esta pugna reflejó las dos maneras muy distintas de ver el mundo que determinaron la dialéctica entre el llamado misoneísmo (tradicionalismo) representado por España, y la modernidad, cuyo exponente fue Inglaterra, nación que resultó triunfante y postuló los valores nórdicos anglosajones como paradigmas del progreso y de instancias innovadoras que superaron al catolicismo medieval. En el terreno de lo económico, se impuso en Inglaterra (y, en general, en los países nórdicos) una diferente moralidad, donde la usura ya no era un candado, la conciencia y responsabilidad sociales ya no detenían las ansias económicas y los negocios se veían libres de escrúpulos religiosos. El triunfo de Inglaterra significó la conquista de lo material y la consiguiente secularización de la vida, características de la mentalidad moderna. Como se ve, el contraste entre los mundos anglosajón e hispánico fue una constante en el pensamiento ortegamediniano, asunto que mereció amplia discusión en sus obras.

24 Ortega y Medina, "Mito y realidad o de la realidad antihispánica de ciertos mitos anglosajones", en *Obras de Juan A. Ortega y Medina 2. Evangelización y destino*, 651-675.
https://historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/607/607_04_06_MitoRealidad.pdf

En el segundo apartado se resume, de nueva cuenta, ese otro gran tema que Ortega estudió durante toda su trayectoria académica: La Reforma protestante. Este movimiento fragmentó la cristiandad –espiritual y políticamente– y coincidió con la rivalidad de los estados nacionales y los descubrimientos geográficos allende el Atlántico. Así como el enfrentamiento de Inglaterra y España se expresó en el terreno del pensamiento económico y político, también se hizo manifiesto en el antagonismo religioso, revelado en el conflicto "Reforma-Contrarreforma".

Ortega, además, analizó con detalle el trascendente impacto de la doctrina calvinista en la formación del puritanismo inglés, sobre todo en sus obras *Reforma y Modernidad* (1952) y *La evangelización puritana en Norteamérica* (1976). En la primera, se enfrascó en el debate surgido a raíz de la publicación, en 1905, del famoso libro de Max Weber, *La ética protestante y el espíritu del capitalismo*. Siguiendo esa pauta reflexiva, Ortega coincidió con el sociólogo alemán en que "el protestantismo anglosajón despertó las latentes energías de la incipiente clase burguesa". El historiador malagueño no olvidó que la estructura material de la historia se explica en las actividades económicas, pero dio mayor importancia a las ideas como las generadoras de procesos históricos.

América se convirtió en el nuevo escenario de la rivalidad entre Inglaterra y España a partir del siglo XVI. La primera deseaba terminar con el monopolio ibérico trasatlántico, cosa que, como vimos antes, logró en 1588 después de vencer a la "Armada Invencible" de Felipe II, lo que abrió el camino a la colonización inglesa, primero en Virginia y después en Nueva Inglaterra. Ortega explica magistralmente en este ensayo cómo las ideas religiosas se convirtieron en instrumentos justificatorios para la conquista y colonización del Nuevo Mundo y para arrebatarle a España su hegemonía americana. También serían las ideas religiosas reformadas las que determinarían las relaciones de los colonos ingleses con los indígenas americanos. Unos y otros, españoles e indios, fueron vilipendiados en la retórica puritana (calvinista) novoinglesa, fueron estereotipados como los servidores de Satanás, enemigos del pueblo elegido de Dios cuyo fin providencial era construir una nueva Jerusalén en estos confines del mundo.

Uno de los temas en los que Ortega fue pionero es el referido sobre la evangelización de los pueblos originarios de Norteamérica por parte de los misioneros protestantes. En este ensayo él discurre sobre el fracaso de la evangelización en la anglicana Virginia, que en su opinión se debió "a tremendas dificultades económicas y políticas", pero en la puritana Nueva Inglaterra el fiasco fue resultado también de nociones particulares contra los indígenas que derivaron de la doctrina calvinista. En otras palabras, Ortega y Medina argumentó que la

discriminación religioso-social de los "otros distintos" era propia del calvinismo. De manera paralela, en las colonias inglesas, la sed de tierras resultó en "un sistemático despojo" de los pobladores originarios y fue un factor detonante de la hostilidad entre estos dos pueblos con costumbres, culturas y prácticas distintas que llevó a su desplazamiento, exclusión y eventual exterminio. Nuestro autor observa que la asimilación de otros grupos distintos fue una imposibilidad casi en términos generales en la cultura anglosajona protestante. En cambio, Ortega defendió el "fértil proceso del mestizaje" o "fecundo proceso de amalgamación racial", como también le llamó al ocurrido en el mundo hispánico católico, aunque no perdió de vista que ese catolicismo no alentaba, pero tampoco impedía, la mezcla de españoles e indios.

El tercer apartado se refiere otra vez a la leyenda negra, sin duda ejemplo de un fabuloso mito que se construyó durante siglos y sigue operando hasta el día de hoy. Se trata de la histórica campaña de descrédito moral que, a partir del siglo XVI y hasta la fecha, se ha desatado contra España e Hispanoamérica por parte del mundo anglosajón protestante y de quienes han admirado y seguido sus valores e ideales. En este proceso de ataque sistemático contra la cultura hispánica y contra la labor civilizadora y colonizadora de esta nación, se crearon estereotipos que han servido para definir a españoles e hispanoamericanos a lo largo de la historia. Se trata de la formulación de rancios prejuicios que, a fuerza de repetirse, se volvieron tópicos. Con utilización propagandística, el mundo protestante –Inglaterra y Holanda, sobre todo, aunque también Francia e Italia–, lanzó duros ataques contra España y atizó el odio a los españoles a través de epítetos denigratorios: los habitantes de la península ibérica y sus descendientes americanos eran considerados indolentes, inmorales, ambiciosos, lujuriosos, cobardes, dogmáticos, fanáticos, crueles y sanguinarios.

Ortega explica que quienes acusaron a España tomaron como arma de combate la obra del fraile dominico Bartolomé de Las Casas, *La Brevísima relación de la destrucción de las Indias* (Sevilla, 1552), traducida y publicada en inglés en 1583, la que según Ortega "fue y continúa siendo uno de los monumentos más excelsos del humanismo ibérico y de su profundo sentimiento de justicia", pero que en manos de las naciones extranjeras enemigas se convirtió en una terrible acta acusatoria contra España. Esto derivó en el uso retórico que quería justificar la necesidad de reemplazar a España de la empresa americanista debido a sus crueldades e iniquidades, pero que escondía en el fondo los voraces apetitos y ambiciones de la nueva clase burguesa protestante.

Con el tiempo, la propaganda antihispánica inglesa condicionó las fobias de sus herederos norteamericanos, con que éstos justificaron sus exacciones contra los indios, los

españoles y, más tarde, los mexicanos. Lo que es peor, como explica nuestro autor en este ensayo, la crítica antiespañola fue aceptada por muchos de los criollos hispanoamericanos partidarios de la independencia, quienes renegaron de la tricenturial historia colonial como elemento formativo del ser nacional. Estos tomaron los juicios críticos que circulaban desde antaño para volverse contra España sin caer en la cuenta de que, al actuar así, se atacaban los valores más entrañables de su propio ser histórico y quedaban a merced de la penetración cultural y económica de los intereses extranjeros, principalmente de los estadounidenses, que siguieron lanzando diatribas prejuiciosas para caracterizar ahora a los descendientes de España.

Ortega advierte del peligro que entraña para la identidad del mexicano inclinarse solamente a ver en un indianismo entusiasta y reivindicador de corte romántico y sentimental (e idealizado) el único elemento que constituye su ser histórico y desplazar la esencial herencia cultural legada por España. Aceptar nuestra realidad indoespañola era más bien el antídoto para remontar ese sentimiento inconsciente de menosprecio e insuficiencia del mexicano. Como Octavio Paz (1914-1998), Ortega y Medina también se refirió al complejo de inferioridad del mexicano, cuyo origen él atribuyó en parte a la leyenda negra manipulada por los anglosajones, que lo señalaban por sus supuestas deficiencias como "inferiores". Aquí, una cita de Paz al respecto:

> No tiene nada de extraño que ante tantos fracasos, fallas y desilusiones los mexicanos hayan asumido un complejo de inferioridad ante el éxito arrollador, en todos los campos, del modelo estadounidense, y que por el contrario hayan adquirido éstos, por las mismas pero inversas razones, el arrogante de superioridad frente a los mexicanos.[25]

En el cuarto apartado, Ortega sigue la línea de interpretación trazada por Edmundo O'Gorman, que consistía en distinguir los elementos que diferenciaban ontológicamente (en sus propiedades trascendentales) a Angloamérica e Hispanoamérica.[26] Las experiencias históricas distintas y, aún más, opuestas, se debían a las múltiples vivencias y circunstancias particulares de cada nación, desde los inicios de su formación colonial y, sobre todo, a la herencia del modo de ser británico e hispano respectivamente. Pero esto no lo comprendieron

25 Octavio Paz, *El laberinto de la soledad* (México: Cuadernos Americanos, 1950).

26 Edmundo O'Gorman, *México el trauma de su historia* (México: Universidad Nacional Autónoma de México, Coordinación de Humanidades, 1977).

los liberales mexicanos, quienes casi admiraron el modelo anglosajón y buscaron imitarlo en virtud del éxito político y económico de aquella nueva y flamante república, independizada de Inglaterra en 1776, con el consiguiente desencanto por no cuadrar esos paradigmas con la realidad y el pensamiento hispanoamericanos. Ortega expone cómo algunos conceptos fundamentales como el liberalismo, el republicanismo, el conservadurismo, la democracia o el federalismo tienen distintos significados en Estados Unidos y en Hispanoamérica en virtud de esas diversas experiencias históricas.

De nuevo, Ortega busca en las viejas raíces de la tradición religiosa protestante, esta vez en las Trece Colonias inglesas, principalmente en la Nueva Inglaterra, los elementos fundacionales que determinarían al país vecino. Esta vez sostiene que el liberalismo estadounidense se finca en buena medida en el sistema de pensamiento que derivó de la conciencia religiosa propia de este pueblo, así como en la proliferación de las distintas denominaciones religiosas, caracterizadas por sus tendencias democráticas, entre otros factores. Procede a hacer la comparación con el caso hispanoamericano, donde quienes se denominaban liberales renegaron de su tradición histórica espiritual católica, "desgarramiento intensamente dramático" en opinión de Ortega. Esto llevó a rompimientos y desequilibrios sociales, económicos y políticos durante el siglo XIX en México y otras repúblicas del cono sur, ya que la religión católica era un elemento esencial del ser de aquellas que hoy conforman los países latinoamericanos.

En el quinto y último apartado, Ortega estudia la idea de misión, cuyas bases según él también son puritanas, basada en la esperanza del favor divino para las aspiraciones del pueblo estadounidense. Esta idea se seculariza y fue forjadora de la expansión territorial y política de los Estados Unidos de América. Su mentalidad presentaba un profundo sentido de orgullo e insistencia en lo elevado de los valores de la civilización norteamericana, en una mística nacional ejemplificadora en defensa de la libertad política e individual, en la igualdad de derechos ante la ley, en oportunidades económicas para todos y en una (utópica) equidad de todas las razas y credos religiosos que ni antes ni hoy existen realmente en esa sociedad. Desafortunadamente, detrás de la doctrina del Destino Manifiesto, nos hace ver nuestro historiador, se disfrazan egoísmos y agresiones de los norteamericanos por querer alcanzar intereses económicos y políticos, amén de justificar el despojo de las tierras y bienes de indios, españoles y mexicanos. En este apartado hay una crítica aguda al impulso codicioso, agresivo y hostil estadounidense contra otros pueblos con base en argumentos que tienen un respaldo religioso en una misión o deber providencial que, pasando el tiempo, se concretó en ideales para preservar, perfeccionar y fortalecer la democracia y la libertad

entendidas, naturalmente, al modo estadounidense. El impulso misional operó (y opera así todavía) como una especie de cruzada punitiva y regeneradora (rescatadora o salvadora) contra quienes se resistían a aceptar esos valores.

Como buen historicista, Ortega dialoga siempre con sus fuentes: en este trabajo responde a Frederick Merk para debatir sobre la distinción que hace el historiador estadounidense entre la la noción de destino manifiesto y la doctrina de misión. Para Ortega no hay diferenciación entre las ideas de misión, destino e imperialismo. Con Albert Weinberg nuestro maestro discute sobre los fundamentos doctrinales de la teoría del Destino Manifiesto y el propio Ortega contribuye sustancialmente a su comprensión al analizar profundamente sus orígenes religiosos calvinistas, que pueden verse abiertamente en las fuentes primarias puritanas. Con un sugerente párrafo Ortega y Medina transmite su interpretación al respecto:

> En suma, el destino y misión manifiestos (teología nacionalista) se configuran programáticamente con el anglicanismo (siglo XVI); se proyectan en términos filosóficos ilustrados hasta culminar con la independencia (siglo XVIII) y se secularizan y liberalizan políticamente en el siglo XIX y en lo que ya va recorrido del XX. De hecho, todos los temas filosófico-políticos del liberalismo tienen su punto de partida en la gran revolución religiosa del siglo decimosexto, aunque algunos de ellos a veces parezcan, si mirados o experimentados superficialmente, haber crecido a redropelo.[27]

Lamentablemente, las obras de nuestro historiador transterrado sobre la historia de Estados Unidos –pioneras, como dijimos y valiosísimas como son– no se tradujeron al inglés y quedaron por ello fuera de la órbita de la historiografía anglófona que mucho se hubiera beneficiado de una perspectiva distinta de la que han aportado los estudiosos de dicha historia desde su atalaya nacionalista en el transcurrir de los años.

27 Ortega y Medina, "Mito y realidad...", en *Obras de Juan A. Ortega y Medina* 2. *Evangelización y destino*, 674.

Lutero, Reforma y Modernidad

Uno de los temas de estudio constantes en la obra ortegamediniana, según hemos apuntado, fue el de la Reforma protestante y su impacto transformador, que incidió poderosamente, junto con otras circunstancias que se fraguaron desde la Edad Media, a forjar lo que llamamos los historiadores "Modernidad". Comprender este periodo es el objetivo de uno de los más brillantes ensayos de Juan A. Ortega y Medina "Lutero y su contribución a la modernidad".[28] Este momento histórico se caracteriza por que se hacen evidentes cambios sustanciales en todos los ámbitos del quehacer humano y de la visión del mundo respecto a cómo se vivía y se pensaba durante la Edad Media. Para Ortega, este cambio se ve en el llamado "Renacimiento", la era de la apoteosis del hombre, del humanismo, donde se muestra la capacidad de este para actuar sobre la realidad y transformarla de acuerdo con su habilidad y sapiencia. Se trata de un proceso que lleva a cabo la humanidad en Occidente hacia la racionalización de la técnica, de la política y de la economía. Es también la etapa de la práctica del juicio privado que se privilegia sobre la especulación religiosa.

Para nuestro autor, la Reforma actuó de modo definitivo en el terreno ético-religioso que coadyuvó a desencadenar las incipientes fuerzas económicas y espirituales de los nuevos tiempos. De los grandes personajes de la historia, el fraile sajón Martín Lutero (1483-1546) tuvo un papel más que trascendente para favorecer y alentar esos cambios. Sin él quererlo o imaginarlo siquiera, su pensamiento tuvo una repercusión en lo teológico, lo político y económico que superó incluso los deseos y aspiraciones del propio reformador alemán del siglo XVI. Sus argumentos sobre la libertad del cristiano, sobre el derecho de toda persona a leer las Sagradas Escrituras sin intermediarios, sobre la doctrina de la salvación por la gracia de Dios dada a cada individuo por su fe, así como el énfasis en el ejercicio de la vocación como acción regeneradora y la igualdad de todos los hombres frente a Dios (sacerdocio universal), combatieron los viejos principios sostenidos por la Iglesia católica medieval. A la postre, esos postulados surgieron como modos paradigmáticos de pensamiento y de conducta ya secularizados, que marcaron su impronta en el carácter de los pueblos que adoptaron la

28 Ortega y Medina, *Obras de Juan A. Ortega y Medina* 1. *Europa moderna*, 437-456.
https://historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/594/594_04_06_Lutero.pdf

Reforma, principalmente aquellos ubicados geográficamente en el mundo nórdico europeo y en el septentrión del continente americano.

En este artículo, publicado en 1985, Ortega lleva de la mano al lector desde los primigenios antecedentes históricos que propiciaron los movimientos de reforma que culminaron en el cisma del siglo XVI. Este significó un cambio radical para la Iglesia católica que daba sostén espiritual y político a la cristiandad occidental Aquí explica cómo se gestaron las situaciones de tensión en el mundo germánico que detonaron por el "problema de las indulgencias", situación que sacó al monje agustino y profesor de teología Lutero de su claustro, para convertirse en voz sonora y campeón de las aspiraciones patrióticas, proto nacionalistas, de una Alemania compuesta por Estados independientes gobernados por príncipes y nobles. Ortega y Medina mira el problema de la Reforma desde una atalaya, permitiendo al espectador ver el gran panorama de la historia europea del siglo XVI, en el que el mundo nórdico y el mediterráneo se enfrentan y se polarizan por diferencias políticas, económicas, culturales y religiosas que tendrán enorme trascendencia y consecuencias de largo alcance en la historia global de la humanidad.

Ortega presenta a este personaje de claroscuros, Lutero, desde su multifacética y compleja personalidad, y lo hace a partir del análisis directo de su extensa obra, ya que el maestro dominaba el idioma alemán. Un hombre a caballo entre la Edad Media y el Renacimiento, el teólogo de Wittenberg fue un ser de profundas angustias existenciales y verdadera –aunque personalísima– devoción y amor a Dios. Fue un individuo dispuesto a sanear el corrompido estado de una Iglesia mundana y falta de virtud, para volver a las enseñanzas de Cristo y a la práctica y sencillez de las primitivas comunidades cristianas. Nuestro historiador explica de forma clara los fundamentos de la doctrina evangélica que, después de la Dieta de Speyer (o Spira) de 1527, sería seguida por los llamados "protestantes". Analiza a fondo los argumentos esgrimidos por Lutero en su famosa Trilogía de 1520: *A la nobleza cristiana de la nación alemana*, *De la libertad del cristiano* y la *Cautividad babilónica de la Iglesia*, para señalar su carácter revolucionario, pero advirtiendo que Lutero no estaba consciente del talante transformador de sus obras ni de la repercusión que estas tendrían, primero, en el mundo germánico y, después, en Europa y América.

Lutero fue, en suma, uno de los principalísimos catalizadores de la Modernidad. Fue un personaje que capturó la atención de Ortega, quien analizó su personalidad, su pensamiento y sus grandes contribuciones no solo en uno de sus tratados, *Reforma y Modernidad*, sino en varios de sus libros y artículos, lo que muestra la gran atracción que el reformador alemán le generó al erudito español, empeñado en comprenderlo en su tiempo y sus circunstancias.

De trotamundos y viajeros en México

Si hemos de recomendar obras de Ortega y Medina sobre un tema particularmente disfrutable, elegiría orientar al lector hacia sus libros sobre literatura viajera, comenzando por el primero que publicó don Juan: los dos tomos de *México en la conciencia anglosajona* (1953-1955). Vehemente viajero él mismo, tuvo una predilección especial por analizar este género literario, compuesto de relaciones, cartas y diarios, que integran una amplia "miscelánea viajante y aventurera" y que recoge los sentimientos e impresiones de muchos trotamundos de varias nacionalidades, principalmente anglosajones, alemanes e italianos, que llegaron a México desde el siglo XVI y, en mucha mayor medida, a partir del siglo XIX.

Primero hay que decir que, muy probablemente, don Juan se sintió identificado con la experiencia de estos viajeros que llegaron a puertos desconocidos y tierras remotas y ajenas en México, que se esforzaron por entender esa novedosa y muchas veces extraña realidad, a la vez que se reinventaron a sí mismos. Una clave de ese sentimiento nos lo da el propio Ortega en una ocasión cuando dice:

> El extraño viene precisamente a poner de manifiesto, consciente o inconscientemente, su extrañeza, la que él mismo experimenta ante el nuevo cosmorama que se presenta ante su vista, viene también a poner de manifiesto virtudes y vicios, perfecciones y defectos, viene por consiguiente a descubrirnos perfiles internos y honduras psicológicas e históricas entrañables en las que no se había reparado por lo mismo que constituyen un modo habitual y familiar de ser y de comportamiento individual y nacional.[29]

El texto, "Pródromos de la escalada viajera anglosajona",[30] que Ortega y Medina escribió en 1987 como parte de su libro *Zaguán abierto al México republicano. 1820-1830* (UNAM, 1987), ha sido seleccionado para integrar esta recopilación de obras del maestro porque

29 Ortega y Medina, "México en la conciencia anglosajona", en *Obras de Juan A. Ortega y Medina* 3. *Literatura viajera*, 26. https://historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/631/631_04_02_ConcienciaAnglosajona.pdf

30 Ortega y Medina, "Pródromos de la escalada viajera anglosajona" en *Obras de Juan A. Ortega y Medina* 3. *Literatura viajera*, 257-318. https://historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/631/631_04_03_Prodromos.pdf

sintetiza varias de las ideas contenidas en los múltiples estudios que él realizó sobre viajeros en México.

Particularmente en este ensayo, dividido en tres apartados (esta vez sin encabezados), Ortega y Medina ofrece un cuadro sustancioso del contexto inmediatamente posterior a la consumación de la Independencia en México como referente para entender la mirada de viajeros sobre nuestro país, cuya venida en gran número pudo darse por la apertura de la nueva nación libre y soberana al mundo. España había sido más cautelosa al momento de permitir la entrada de extranjeros, con pocas excepciones, como la del barón Alejandro de Humboldt en 1803, a quien Ortega dedicó un libro para conmemorar los 100 años de la muerte de este famoso explorador alemán (1859): *Humboldt desde México*, que fue publicado en 1960. Después vinieron postreros trabajos (sobre todo historiográficos) acerca de este personaje, que componen todo el volumen 4 de las *Obras de Juan A. Ortega y Medina*, entre los que podemos mencionar su precioso estudio introductorio al *Ensayo político de la Nueva España*[31] del naturalista prusiano. Aquí se hace referencia a la gran influencia que ejerció dicha obra en los viajeros que llegaron a México, pues se trataba de una autoridad que daba variada información sobre el país, su gente, su clima y, sobre todo, sus recursos y riquezas.

Desfilan en este artículo viajeros ingleses y estadounidenses, como William D. Robinson, George H. Ward, Joel R. Poinsett, William Bullock, Mark Beaufoy, Edward Thornton Tayloe, R.W.H Hardy, George F. Lyon, George A. Thompson y William T. Penny. Sobre este último, Ortega se extendió en el análisis de su testimonio como viajero, cuyo estudio plasmó en el ya citado *Zaguán abierto al México republicano*. Al final del presente ensayo, Ortega añadió también el trabajo artístico-pictórico de artistas extranjeros, brillantes ilustradores de la realidad mexicana, como fueron los alemanes Carlos Nebel y Juan Moritz Rugendas, y los ingleses John Phillips y Daniel Thomas Egerton.

En este análisis, sin perderse el rigor propio de la metodología, el estudio historiográfico está salpimentado con las divertidas anécdotas e interpretaciones casi alucinantes de los propios viajeros, que buscaron explicarse ellos y a sus lectores a nuestro país. La ironía no tan disimulada de Ortega al narrar las peripecias de aquellos extranjeros, así como de su mirada curiosa sobre las costumbres mexicanas, imprime humor y hace distendida y amena la lectura.

31 Ortega y Medina, "Ensayo político de la Nueva España", en *Obras de Juan A. Ortega y Medina* 4. *Humboldt*, 223-274. https://historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/644/644_04_04_EnsayoPolitico.pdf

El Indio americano. Conciencia, imagen y exclusión

El artículo "Razones y sinrazones anglosajonas frente al otro. La imagen cambiante del símbolo: de la consideración idílica del pielroja al aniquilamiento",[32] fue elaborado por Ortega y Medina después de haber revisado y ampliado la conferencia magistral que pronunció en la ciudad española de Trujillo, en 1988, sobre el tema del indio en la conciencia inglesa y estadounidense. Era la segunda vez que Juan Antonio pisaba de vuelta el terruño patrio, tras su salida como exiliado en 1941. Apenas un año antes de aquel viaje a la provincia de Cáceres, había publicado su libro *Imagología del bueno y del mal salvaje*, del que este ensayo es un extracto. El presente trabajo quedó dividido en cinco partes: una introducción (no titulada), La Edad Dorada y el buen salvaje, Peregrinos y santos en la Nueva Inglaterra, La herencia norteamericana y una conclusión.

En la introducción, Ortega refiere que los juicios sobre el ente "pielroja" se transformaron de una idea positiva o idílica, que veía en ellos a un "buen salvaje", a otra negativa, la del "mal salvaje" o Calibán indiano que, al paso de tres siglos (XVII-XIX), acabó por determinar la aniquilación de este ente originario del continente americano. Este exterminio lo atribuye Ortega, no a "una innata perversidad anglosajona" sino, de nuevo, a razones fundamentalmente religiosas y definiciones teológicas. Por tanto, el ensayo vuelve al estudio de la religión puritana (calvinista) y del análisis de "sus implicaciones a lo largo de la realidad histórica cambiante que culminará en la justificación destructora del mundo indígena". Muy pronto en la era de la colonización inglesa –observa Ortega y Medina–, los puritanos calificaron al nativo como "salvaje irredento", es decir, como ente pecador condenado a la perdición. Nuestro autor ya había mencionado que el racismo era un aspecto de procedencia puritana. Este partía de la idea de que, en virtud de la desobediencia de nuestros primeros padres, los seres humanos estaban irremediablemente manchados –y para siempre– por el pecado original y nada podían hacer para salir de esa condición. Esto producía su inhabilidad para alcanzar la salvación por sus propios medios. Pero, sobre todo, Calvino había desarrollado a la par otro argumento, el de la doctrina de la predestinación (doble e incondicional) tomada del evangelio de San Mateo y reelaborada por San Agustín, que se basaba en la creencia en

32 Ortega y Medina, "Razones y sinrazones anglosajonas frente al otro. La imagen cambiante del símbolo: de la consideración idílica del pielroja al aniquilamiento" en *Obras de Juan A. Ortega y Medina* 2. *Evangelización y destino*, 677-708. https://historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/607/607_04_07_RazonesSinrazones.pdf

que, pese a la corrompida naturaleza humana, Dios había elegido por su misericordia y bondad a unos pocos seres humanos para la salvación, mientras que también había seleccionado a otro gran número de personas... pero para la condenación eterna. Por el pecado original ningún individuo merecía ser salvado; mas solo por su gracia infinita Dios podía redimir, en nombre de Jesucristo y su promesa, a quienes Él misteriosamente decidía salvar. Ortega hizo énfasis en la importancia dada por Calvino a la vocación, ejercicio mediante el cual el creyente cristiano lleva a cabo aquello por lo cual cree que ha sido elegido, y con ello busca una certidumbre de ser salvo, una especie de señal trascendente, fundamentada en la eficacia de la fe, que se traduce en una intensa inclinación por la acción en este mundo. A esto le llamó Max Weber "ascetismo intramundano", concepto que Ortega hizo suyo y discutió en varios análisis historiográficos sobre el famoso debate que siguió a la tesis weberiana desde principios del siglo XX. Así, los valores calvinistas de la frugalidad, el ahorro, la modestia, la diligencia y la perseverancia, entre otros, debían ser *leit motiv* de la vida de un puritano, mientras que la pereza, la ociosidad, el retroceso, el despilfarro y la imperfección serían considerados señales casi seguras de reprobación y pecado. En este análisis Ortega tomó la ruta que explica las consecuencias de estas nociones para el pensamiento económico capitalista más que el camino que eligió en *La evangelización puritana en Norteamérica*, donde abunda sobre el impacto de la ética calvinista que articulaba la conducta de los puritanos novoingleses y que quedó manifiesta en el rechazo del indígena americano.

Por último, en su introducción, Ortega ofrece a sus lectores la explicación del concepto del pacto o convenio que los puritanos establecían con Dios, según las pautas bíblicas de la alianza del pueblo elegido y el Altísimo, solamente dentro del cual era posible vivir una vida cristiana.

Tras dar la explicación de los fundamentos religiosos del calvinismo puritano, Ortega presenta un apartado titulado "La Edad Dorada y el buen salvaje" donde muestra su sapiencia literaria y su siempre amena destreza narrativa. Empieza por analizar el origen de la idea surgida en el mundo clásico de una era áurea donde sus habitantes eran nobles y dichosos, reinaba la paz, amistad y concordia, que fue una noción recuperada en el Renacimiento, utilizada en la era de los descubrimientos del continente americano por muchos escritores de varias nacionalidades europeas y tratada también por las mejores plumas del periodo siglodorista en España. Los exploradores y conquistadores europeos traían en mente esos arquetipos cuando entraron en contacto con los pueblos amerindios. Lo mismo Cristóbal Colón que Walter Raleigh o Montaigne, varios escritores antepusieron esos tópicos legendarios a la realidad que iban encontrando. Los contactos entre los colonos, ambiciosos de tierras y

materias primas, y los indígenas que ocupaban esos suelos y recursos, pronto cambiaron las percepciones sobre los armoniosos, cuanto idealizados, encuentros. Entonces empezaron a aparecer relatos de indios fieros y aguerridos de naturaleza bestial. Los modelos idílicos con que se interpretó a los nuevos entes de este novedoso hemisferio cedieron el paso a una realidad distinta donde se extinguieron las irrealizables leyendas.

Ortega abre un siguiente espacio al que denomina "Peregrinos y santos en la Nueva Inglaterra". Aquí recrea un ejemplo del deterioro gradual de las relaciones entre "blancos" e "indios" en la zona de Massachusetts, una región que se convertiría en un punto focal del desarrollo de la historia estadounidense. Aquí relata nuestro autor la imposibilidad de entendimiento entre los europeos y los nativos, debido, muy fehacientemente, a los intereses económicos de los primeros y la defensa de sus ambientes vitales en los segundos. Mas el proceso de desplazamiento y eventual aniquilamiento de los grupos indígenas es un ejemplo de la retórica bíblica acomodada a las circunstancias del Nuevo Mundo: los indígenas eran enemigos del pueblo de Dios, por tanto, habrían de desaparecer y con justicia debía hacérseles la guerra. Ortega acude a continuación a presentar las citas de los propios autores puritanos que expresan directa y llanamente su sentir y su pensar sobre "los otros distintos", es decir, en este caso, los indios americanos. Además, en esta sección se ve nítidamente cómo operaba el colonialismo bajo los esquemas de pensamiento occidental: se ambicionaba la tierra, se entablaban "acuerdos justos" (pero de consecuencias injustas) con los aborígenes y se explicaban los hechos y acciones con base en preceptos religiosos. Toda oposición de los nativos a los designios de los puritanos era considerada como afrenta a Dios y se justificaba así el despojo. Ortega señala que esta actitud sería una constante en el proceder, primero de los colonos y, después, de los estadounidenses, a lo largo de su historia expansionista e imperialista.

Nuestro historiador abunda en el porqué de la crueldad de estas relaciones intergrupales y sus antecedentes históricos, que se remontan a los usos y costumbres de Inglaterra con otros pueblos. Vuelve a cuestionarse sobre la imposibilidad del mestizaje entre estas sociedades, que lo achaca nuevamente al "racismo teológico" de los habitantes del Israel americano, quienes sintieron repugnancia a la amalgamación con los indios. A la discriminación siguió la deshumanización, que facilitó liquidar a los indios como si fueran bestias salvajes.

En su apartado final, "La herencia norteamericana", Ortega explica el porqué de las guerras destructoras contra los indios y, si bien su objetivo es centrar el análisis de este proceder en la operatividad de las ideas, no deja de hacer referencia a las condiciones económicas o estructurales que precipitaron los desacuerdos entre los dos grupos: la sed de tierras y los

intereses en torno al comercio de pieles, pingües negocios para los colonos blancos. Ortega no desaprovecha la oportunidad para señalar la "diferencia moral", o la "diferencia ética", que separaba las colonizaciones inglesa y española en América, pese a lo que la leyenda negra trataba de desvirtuar. Recuérdese que la comprensión y defensa de lo hispano fue un objetivo cardinal de nuestro autor, una de sus tesis directrices. Por la situación vital de Ortega y debido a su afán por mostrar al México de la segunda mitad del siglo XX la importancia de asumir su doble herencia histórica, la india y la española, da la impresión de que quizá deseaba destacar la crueldad anglosajona tendiente al aniquilamiento de estos grupos, en contraste con la actitud legalista de protección al indio que se dio en el mundo hispánico, aunque sus lectores no debemos olvidar que la colonización española viene también revestida de leyes en letra muerta, discriminación racial o étnica y de desplazamiento de los pueblos indígenas, aún en nuestros días.

Ortega y Medina cierra este artículo con una conclusión en la que expresa que los colonos ingleses y sus herederos estadounidenses no se preocuparon por entender al indio, sino por sacarle ventaja a su posición y poderío como nación colonizadora, primero, y expansionista-imperialista, después. Los ingleses y sus herederos norteamericanos no se vieron reflejados como en un espejo con aquellos entes originarios de América a los que tildaron como distintos, inferiores y distantes. La relación entre los dos pueblos estuvo marcada por la incomprensión.

La percepción del Nuevo Mundo en Europa

En 1991, el texto de Ortega y Medina "La novedad americana en el Viejo Mundo",[33] se publicó inicialmente en una antología coordinada por su amigo el filósofo Leopoldo Zea intitulada *El descubrimiento de América y su impacto en la historia* (México, Instituto Panamericano de Geografía e Historia/Fondo de Cultura Económica). Se trata de una obra realizada por nuestro autor en plena madurez intelectual. Podemos reconocer allí un trabajo que prueba la evolución de Ortega y Medina como historiador, en comparación con el texto inicial de la conquista de México seleccionado en esta compilación, que es un discurso de "primeros pininos" (válgase el mexicanismo) de un joven, aunque muy entusiasta, historiador.

En primer lugar, Ortega explica de manera sintética el cambio de la visión medieval del mundo a la moderna, como lo había hecho previamente su maestro José Gaos,[34] y cómo la cosmogonía fue crucial en el proceso del descubrimiento de América, así como en el modo en que este Nuevo Mundo fue paulatinamente interpretado. Enseguida ofrece a sus lectores la narración de los pormenores en torno al nombramiento de esa "Cuarta Parte del Mundo" denominada, por curiosos y azarosos sucesos, como "América". Además, el nuevo continente trajo la presencia del aborigen americano, un ente antes desconocido para el europeo y supuso el problema de explicar dicho personaje de acuerdo con los esquemas bíblicos y la concepción cristiana. Así, el indígena sería descrito como un buen o mal salvaje, antagónica percepción por parte de los europeos desde que Cristóbal Colón escribió sobre el carácter dual de los primigenios pobladores de América, según la idea renacentista, imagen que ya hemos visto explicada en apartados anteriores. El contacto llevó a los europeos a debatir sobre la naturaleza de los nativos, su capacidad racional, que los haría aptos o no para recibir la doctrina cristiana, así como sus derechos. Serían considerados seres humanos, pero degenerados o degradados. Más aún, algunos tratadistas y colonos sostuvieron su cercanía con las bestias. Esto, refiere Ortega, justificaría su sometimiento. No podía de manera alguna pasarse por alto el trascendente debate en torno a estas situaciones que sostuvieron el dominico sevillano Bartolomé de Las Casas y el jurista cordobés Juan Ginés de Sepúlveda. La

33 Ortega y Medina, "Artículos", en *Obras de Juan A. Ortega y Medina* 6. *Descubrimiento y conquista*, 331-352. https://historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/658/658_04_08_Articulos.pdf

34 José Gaos, *Historia de nuestra idea del mundo* (México: El Colegio de México/Fondo de Cultura Económica, 1973).

herencia espiritual lascasasiana –referido al pensamiento filosófico de Fray Bartolomé de las Casas– influyó para la promulgación de las Leyes de Indias para regular las relaciones entre los distintos grupos étnicos en las Indias Occidentales. Luego, el iusnaturalismo[35] hispánico de los siglos XVI y XVII, fincado en la neoescolástica aristotélico-tomista, fue una de las aportaciones fundamentales que dio paso al derecho natural y de gentes, antecedente directo del derecho internacional. Como lo hizo regularmente en muchos de sus escritos, nuestro historiador distingue aquí entre el trato dado hacia los naturales por la cultura católica-hispana, en comparación con la protestante-británica. Los primeros asimilaron a los pobladores originarios, mientras que los segundos llevaron a cabo su exclusión y exterminio. Las razones de estas conductas han sido explicadas en las obras aquí seleccionadas.

Una vez abordados estos temas del siglo XVI-XVII, Ortega y Medina cierra con un análisis sobre la recuperación de la leyenda negra antihispánica llevada a cabo por algunos filósofos y naturalistas "ilustrados" del siglo XVIII, quienes juzgaron no solo la obra colonizadora de España de manera por demás negativa y sin fundamentos científicos, sino que también con soberbia despreciaron a los indígenas americanos y su cultura. Esta literatura dejó una profunda huella en la conciencia europea y aún en la América española, donde se debatieron detractores y defensores de España y de los propios pobladores del Nuevo Mundo.

En su miscelánea final, Ortega y Medina describe y defiende el intercambio bilateral que se dio a raíz del llamado descubrimiento de América, un trueque "mutuo y favorable para ambos continentes, para la humanidad", puesto que –nos dice– "bienes y males vinieron de allá y males y bienes fueron de acá", más lo importante es sostener lo valioso del canje *positivo*: los bienes materiales y espirituales que han enriquecido a ambas partes.

Quisiéramos, por último, recomendar a las personas lectoras que, tras haber finalizado este ensayo, busque en el volumen 7 de las *Obras de Juan A. Ortega y Medina* dos magníficos complementos a este estudio que fueron publicados de manera póstuma. Uno es el artículo titulado "Identidad, amplitud y plenitud del mestizaje en Hispanoamérica",[36] que fue incluido en la obra *Reflexiones históricas* (Conaculta, 1993), coordinada por Eugenia Meyer y, el

35 También conocido como "derecho natural", es una corriente filosófica y jurídica que sostiene que existen derechos y principios morales universales y fundamentales que son inherentes a la naturaleza humana, independientemente de la legislación positiva o de las leyes de un Estado.

36 Ortega y Medina, "Identidad, amplitud y plenitud del mestizaje en Hispanoamérica", en *Obras de Juan A. Ortega y Medina 7. Temas y problemas de historia*, 623-632.
https://historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/704/704_04_28_identidadamplitudplenitud.pdf

otro, "Indigenismo e hispanismo en la conciencia historiográfica mexicana",[37] compilado en el libro editado por Roberto Blancarte, *Cultura e identidad nacional* (Fondo de Cultura Económica/Conaculta, 2007). Para cerrar esta mirada crítica del ensayo de Ortega y Medina que ahora nos ha ocupado, entresacamos una cita del gran intelectual mexicano, Alfonso Reyes, con la que Ortega se sintió identificado, que a la letra dice:

> Podría en rigor prescindirse de algunos orbes culturales de Europa que no han hecho más que prolongar las grandes líneas de la sensibilidad o del pensamiento. De lo ibérico no podría prescindirse sin una espantosa mutilación. De suerte que lo ibérico tiene en sí un valor universal [...]. Lo ibérico es una representación del mundo y del hombre, una estimación de la vida y de la muerte fatigosamente elaborada por el pueblo más fecundo de que queda noticia. Tal es nuestra magna herencia ibérica.[38]

37 Ortega y Medina, "Indigenismo e hispanismo en la conciencia historiográfica mexicana" en *Obras de Juan A. Ortega y Medina 7. Temas y problemas de historia*, 667-701.
https://historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/704/704_04_33_indigenismo.pdf

38 Ortega cita a Reyes en "A propósito de una antología (vocación de América) de Alfonso Reyes", en *Obras de Juan A. Ortega y Medina 7. Temas y problemas de historia,* 636.
https://historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/704/704_04_29_vocacionamerica.pdf

EPÍLOGO El camino que se hizo al andar

Hemos realizado un inventario crítico de una selección de trabajos escritos por el historiador Juan Antonio Ortega y Medina a lo largo de su trayectoria profesional en nuestra universidad: veintitrés años (de 1954 a 1977) como profesor en la Facultad de Filosofía y Letras, y quince años (de 1977 a 1992) como investigador en el Instituto de Investigaciones Históricas. Durante este tiempo don Juan formó a multitud de estudiantes y dejó un ingente legado escrito. A pesar de que su llegada a nuestro país fue dada por un trágico viraje del destino, una guerra civil y un consecuente exilio, su presencia aquí demostró "la feliz e inaudita conjunción de la inteligencia mexicana y de la transterrada", como él definió a ese afortunado encuentro. Muchas generaciones se vieron favorecidas por el magisterio, la guía y la generosa pedagogía de una pléyade de intelectuales españoles que, como él, entregándose a su actividad docente y de investigador, pagaron con creces la hospitalidad y generosidad del país que les brindó una nueva oportunidad. Con gratitud, nos toca corresponder y hacer lo propio, imitando su ejemplo, entregando a los que vienen, con desinteresada donación, aquello que a nosotros nos ha nutrido, en un relevo generacional constructivo y promisorio.

Ojalá que las lecturas que hemos compartido aquí inspiren a otros, como a mí, a seguir la ruta del quehacer histórico sobre estas u otras temáticas, siempre con el fiel compromiso de buscar la Verdad, o las verdades (según el punto de vista y el contexto de quienes interpretan) sobre el pasado de la humanidad, con honestidad, objetividad y rigor académico, pero sin renunciar a transmitir la interpretación personal de las fuentes documentales mediante una narrativa amena y atrayente, como Ortega y Medina nos mostró en su larga y fructífera trayectoria.

Bibliografía

Covarrubias, José Enrique. "Los escritos de viajeros sobre el México de la primera mitad del siglo XIX en la obra de Ortega y Medina". En *Juan A. Ortega y Medina. Historia y vida.* Compilación y prólogo de Cristina González Ortiz. México: Universidad Nacional Autónoma de México/Escuela Nacional de Estudios Profesionales Acatlán, 1995, 35-48.

Garritz, Amaya. "Introducción", en *Un hombre entre Europa y América. Homenaje a Juan Antonio Ortega y Medina*. Coordinación y edición de Amaya Garritz. México: Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, 1993.

Gaos, José. *Materiales para una autobiografía filosófica. Confesiones profesionales, otros ensayos y papeles*. Selección de Adolfo Castañón. Madrid: Iberoamericana Vervuert, 2015.

Gaos, José. *Historia de nuestra idea del mundo.* México: El Colegio de México/Fondo de Cultura Económica, 1973.

Ortega y Medina, Juan A. *Obras de Juan A. Ortega y Medina*, 1. *Europa moderna* (formato PDF), edición de María Cristina González Ortiz y Alicia Mayer. México: Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, Facultad de Estudios Superiores Acatlán, 2013.

Ortega y Medina, Juan A., Obras de Juan A. Ortega y Medina, 2. *Evangelización y destino* (formato PDF), edición de María Cristina González Ortiz y Alicia Mayer. México: Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, Facultad de Estudios Superiores Acatlán, 2013.

Ortega y Medina, Juan A., Obras de Juan A. Ortega y Medina, 3. *Literatura viajera* (formato PDF), edición de María Cristina González Ortiz y Alicia Mayer, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, Facultad de Estudios Superiores Acatlán, 2015.

Ortega y Medina, Juan A., Obras de Juan A. Ortega y Medina, 4. *Humboldt* (formato PDF), edición de María Cristina González Ortiz y Alicia Mayer, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, Facultad de Estudios Superiores Acatlán, 2015.

Ortega y Medina, Juan A., Obras de Juan A. Ortega y Medina, 5. *Historiografía y teoría de la historia* (formato PDF), edición María Cristina González Ortiz y Alicia Mayer, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, Facultad de Estudios Superiores Acatlán, 2018.

Ortega y Medina, Juan Antonio, Obras de Juan A. Ortega y Medina, 6. *Descubrimiento y conquista* (formato PDF), edición de María Cristina González Ortiz y Alicia Mayer, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, Facultad de Estudios Superiores Acatlán, 2016.

Ortega y Medina, Juan Antonio, Obras de Juan A. Ortega y Medina, 7. *Temas y problemas de historia*, edición digital en PDF, edición y estudio introductorio de María Cristina González Ortiz y Alicia Mayer, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, Facultad de Estudios Superiores Acatlán, 2019.

Mac Gregor, Josefina. "In memoriam", *Históricas. Boletín del Instituto de Investigaciones Históricas* 36, septiembre-diciembre (1992): 28-31.

Mayer, Alicia. “Juan A. Ortega y Medina. El historiógrafo y su idea de la historia”. En *Juan A. Ortega y Medina. Historia y vida. Compilación y prólogo de Cristina González Ortiz*. México: Universidad Nacional Autónoma de México, Escuela Nacional de Estudios Profesionales, Acatlán, 1995, 95-110.

Mayer, Alicia. “Semblanza de Juan A. Ortega y Medina (1913-1992)”, *Históricas. Boletín del Instituto de Investigaciones Históricas* 36, septiembre-diciembre (1992): 11-16.

Meyer, Eugenia. *Espíritu y vida en claro: el quehacer histórico de Juan A. Ortega y Medina.* México: Universidad Nacional Autónoma de México, Facultad de Filosofía y Letras/Comité Mexicano de Ciencias Históricas, 2007.

O’Gorman, Edmundo. *La invención de América. Investigación acerca de la estructura histórica del Nuevo Mundo y del sentido de su devenir.* México, Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 1958.

O’Gorman, Edmundo. *México el trauma de su historia.* México: Universidad Nacional Autónoma de México, Coordinación de Humanidades, 1977.

O’Gorman, Edmundo. “De Ave Fénix”. Respuesta al discurso de ingreso de Ortega y Medina a la Academia Mexicana de la Historia. En *Memorias de la Academia Mexicana de la Historia,* 30. México: Academia Mexicana de la Historia, 1977-1976, 255.

Paz, Octavio. *El laberinto de la soledad*. México: Cuadernos Americanos 1950.

Velázquez Hernández, Aurelio. “La otra cara del exilio: Los organismos de ayuda a los republicanos españoles en México (1939-1949)”.Tesis de doctorado. Salamanca: Universidad de Salamanca, 2012.

Villaverde, María José y Francisco Castilla Urbano (editores). *La sombra de la leyenda negra.* Madrid: Tecnós, 2016.

Zambrano, María. “Misericordia”. En *Obras completas* 1, edición de Jesús Moreno. Madrid: Galaxia Gutenberg, 2011.

Juan Antonio Ortega y Medina
Las verdades y el sentido de la historia
de Alicia Mayer

fue editado por el Instituto de Investigaciones Históricas
de la UNAM, en el mes de septiembre de 2025.
El cuidado de la edición, la formación tipográfica
y los hipervínculos bibliográficos estuvieron a cargo
de Ónix Acevedo Frómeta.

HECHO EN HISTÓRICAS es una colección de antologías de la obra de académicas y académicos destacados que formaron parte del Instituto de Investigaciones Históricas de la UNAM. Cada volumen está a cargo de un especialista, quien selecciona los trabajos y elabora un prólogo donde se reflexiona sobre los textos compilados. También se analiza la relevancia de sus aportes, en el marco general de la producción académica de la autora o autor estudiado, y su trascendencia para quienes los leen hoy.

Juan Antonio Ortega y Medina. Las verdades y el sentido de la historia de Alicia Mayer ofrece, a partir de una selección cuidadosa de sus textos, una visión panorámica de su vida y obra para quienes se acercan por primera vez a este gigante intelectual. Ortega dejó un ingente legado, compilado hace poco más de una década en siete volúmenes. La selección que aquí se ofrece comprende: *Repensar, comprender y asimilar la Conquista; De Andrenios y Robinsones: España e Inglaterra; El "otro distinto": Prejuicios sobre la alteridad; Lutero, Reforma y modernidad; De trotamundos y viajeros en México; El Indio americano. Conciencia, imagen y exclusión;* y *La percepción del Nuevo Mundo en Europa.* Lectoras y lectores encontrarán un análisis muy rico de la obra ortegamediniana que entreteje la visión cercana que la antologadora tuvo del hombre, con la producción histórica de este profesor e investigador universitario en el persistente cruce entre su patria española y su encuentro definitivo con México.

historicas.unam.mx

Versión: 26 / 11 / 2025

ISBN 978-607-642-127-7

9 786076 421277 >

INSTITUTO DE INVESTIGACIONES HISTÓRICAS

80 AÑOS DE HISTORIA

HECHO EN HISTÓRICAS